

LA NECRÓPOLIS DE ARTEARA

Síntesis imposible

Rosa Schlueter Caballero





LA NECRÓPOLIS DE ARTEARA

Síntesis imposible

Rosa Schlueter Caballero

Barranco de Fataga



CRÉDITOS

© Rosa Schlueter

© De esta edición: Cam-PDS Editores

ISBN: 978-84-936322-1-2

DL: GC-513-2009

Edita Cam-PDS Editores SL

Eusebio Navarro 27

35003. Las Palmas de Gran Canaria

Tfno. 928 054 344 / Fax: 828 016 532

editorial@cam-pds.com / www.cam-pds.com

IMPRESO EN CANARIAS

Queda prohibida cualquier forma de reproducción no prevista en la ley, sin contar con la autorización escrita de los titulares de los derechos

© Del libro: Rosa Schlueter



A lo largo de las costas de la isla de Gran Canaria arribaron, en el primer milenio antes de la era, distintos grupos humanos que tras alcanzar el valle de *Las Tirajanas* y atravesar los cresteríos de *Amurga*, o bien subir por el cauce del barranco desde la plataforma de *Maspalomas*, poblaron un territorio que con más de nueve millones de antigüedad reunía las condiciones necesarias para desarrollar un sencillo modo de vida al que ellos añadieron costumbres y tradiciones propias de pueblos de cultura bereber, originarios del vecino continente africano.

Al llegar a lo que más tarde llamarían *Adfatagad*, se asentaron en aquellos lugares que disponían de abundante agua, pastos para el ganado y excelentes tierras de cultivo, conformando un nicho donde tanto aprovecharon las cuevas para vivir como para morir, construyeron amplios poblados de casas hondas y ubicaron, en medio de este espectacular valle, una *necrópolis* de más de 137.000 metros cuadrados que, con el tiempo, llegó a albergar el mayor conjunto funerario del archipiélago canario, con más de ochocientos enterramientos, individuales y colectivos.

Usado el desplome de pie de monte conformado por fonolita (cuadro rojizo en medio del verdor del oasis que la rodea) desde el siglo V antes de la era, ha venido recibiendo depósitos hasta principios del siglo XX, pues la transmisión oral da fe de cómo eran trasladados hasta este yacimiento aquellos marineros que fallecían en la costa sin religión conocida.

Establecieron en su entorno un poblado al que llamaron *Merentafa* o *Merendaga*. Allí vivieron durante años la relativa paz que conlleva el duro trabajo de la tierra y la defensa del territorio, hasta que en el siglo XV el capitán Miguel de Muxica realizó, con el gobernador Pedro de Vera, unas incursiones en el territorio que el cronista Diego de Valera recoge para el día 5 de noviembre de 1482:

Fueron a un lugar, que es dentro de las tierras que llaman Fataga, donde los canarios decían que ningún cristiano podía llegar, y al lugar se entró por fuerza e la gente no se pudo tomar por una muy gran sierra que estaba junto con el lugar donde se acogieron; y allí murieron tres canarios e una mujer que por su voluntad se despenó e allí se quedó mucho trigo e cebada.

Lo cierto es que tras la finalización de la conquista de la isla, *Adfatagad* quedó prácticamente deshabitada, de ahí que en los siglos sucesivos fueron desarraigados y trasladados a este enclave aborígenes de otras islas. De La Gomera son los vecinos que ocuparon uno de los yacimientos más atractivos de la zona por sus grabados lineales, *Caserones*, que debió albergar más de 30 casas hondas si tenemos en cuenta las hoy aún existentes, trece en total, en relativo buen estado de conservación. De Fuerteventura son aquéllos que poblaron *Merentafa*, hundiendo sus raíces documentales en el siglo XVII, principios

del XVIII, constatando su presencia siguiendo la línea genealógica de la familia Vera, aún hoy presente en el barranco.

Y es curiosamente el 21 de octubre de 1710 cuando Mateo Pérez de Villanueva firma su testamento, señalando que el primitivo nombre del lugar ha sido transformado en ese momento por los vecinos, llamándolo a partir de ahora *Artedara*.

Tras los distintos traslados, la nueva población vivió en las casas de sus antiguos vecinos y enterró en el mismo gran cementerio, constatándose en el padrón de 1797 la presencia de diez vecinos, agrupando un conjunto de sólo 39 individuos. El desarrollo que vivió el poblado desde esa fecha fue, según cuenta la transmisión oral, extraordinario, pues a mitad del siglo XX... *era tan grande la juventud que llegó a tener escuela*.

Uno de los grandes secretos transmitidos de generación en generación fue el que Chano Vera compartió con nosotros una tarde de verano sentado en el hogar de su casa, al pie de la necrópolis:

... y cerca del verano, cuando sale el sol por Amurga, caen los primeros rayos sobre la tumba del rey, mientras el resto está oscuro.

La magnitud e importancia de esta información provocó que el Instituto de Astrofísica de Canarias realizara las comprobaciones pertinentes, confirmando que el fenómeno se viene produciendo en los precisos momentos del equinoccio, tanto de otoño como de primavera, descubriendo a la par los extraordinarios conocimientos que del cielo tenían desde tiempos remotos. La visualización constante les hizo elegir el lugar exacto donde depositaron los restos del que las últimas generaciones llamaron *rey* por derivación de la terminología castellana.

Otro gran hallazgo, entre los muchos que conlleva el parque arqueológico, fue el descubrimiento de un amplio núcleo de grabados que incluyó la aparición de una loseta de más de un metro de largo por ochenta centímetros de ancho junto a más de 20 estaciones que imitan o recuerdan otros hallados en Marruecos y en Túnez. Asimismo, no podemos olvidar las representaciones humanas halladas en la misma *Necrópolis de Arteara*.

En efecto, han sido varios los pueblos que se han ido sucediendo en este territorio desde el siglo V antes de la era hasta nuestros días, momento en el que el aporte poblacional foráneo ha vuelto a descubrir en esta tierra aquel paraíso hallado por sus primeros pobladores, añadiendo al mestizaje de estas islas nuevos valores, maneras y formas distintas de afrontar el día a día, tal y como lo hicieron los canarios de hace dos mil quinientos años.

El cuidado que han puesto sus moradores en la conservación del medio ha supuesto tan gran esfuerzo, que tú, que vas a descubrir a través de este texto la espectacularidad de todo el conjunto, debes tener siempre presente el respeto a que te obliga la historia de un pueblo, sus costumbres y sus gentes. De esta manera, a lo mejor, podremos contar otra historia dentro de otros dos mil quinientos años.



In the first millennium BC, various groups of people arrived along the coast of the island of Gran Canaria, and after reaching the valley of *Las Tirajanas* and crossing the crest of *Amurga* or following the riverbed of the ravine up from the platform of *Maspalomas*, they settled in a terrain which was over nine million years old and met the necessary requirements for a simple way of life to which they added customs and traditions from the Berber culture, originating in the nearby continent of Africa.

When they arrived at what would later be called *Adfatagad*, they settled in places which provided abundant water supply, pasture for their cattle and excellent arable land. They created a niche where they made use of the caves for both the living and the dead, since they built large settlements of deep houses and used the space in the middle of this spectacular valley to create a necropolis of more than 137,000 square metres which in time came to be the largest burial ground in the Canary Islands, with more than 800 burial plots, both individual and collective.

Having used the collapse of the foot of the mountain made up of phonolite (a red block in the middle of the greenery of the oasis around it) since the fifth century BC, this burial ground is said to have continued to be used until the beginning of the twentieth century for the burial of seamen of unknown religion who died on the coasts.

They established around it a dwelling which was known as *Merentafa* or *Merendaga* and enjoyed for years that relative peace which comes with hard work on the land and defence of the territory until the 15th century when Captain Miguel de Muxica and the governor Pedro de Vera carried out the attacks in the area which the chronicler Diego de Valera records on 5th November 1482:

They went to a place which is in the lands known as *Fataga*, which the Canarians used to say that no Christian could reach, and they entered the place by force and the people could not be taken because of a very large mountain which was next to the place where they gathered; there died three Canarians and a woman who of her own accord threw herself off the cliff and there they found much wheat and barley.

The fact is that at the end of the conquest of the island, *Adfatagad* was left practically without population, with a result that during the following centuries aborigines were uprooted from other islands and transported to that enclave. *Caserones*, one of the most attractive settlements in the area due to its linear etchings was inhabited by people from La Gomera and must have comprised more than 30 deep houses if we take into account the thirteen which still survive in a relatively good state of conservation. *Merentafa* was populated by people from Fuerteventura, documentary evidence of whose presence goes back to the 17th and early 18th century if we trace back the line of the Vera family, who still live in the ravine.

Curiously on 21st October 1710, when Mateo Pérez de Villanueva signed his will, he indicated that the primitive name of the place had been changed at that time by its inhabitants and was to be known from then on as *Artedara*.

After these various upheavals, the new population lived in their former neighbours' houses and buried their dead in the same great cemetery. The list of 1797 attests to the presence of ten families, altogether just 39 individuals. The growth that took place starting from this time was extraordinary, according to what people say, and by the middle of the 20th century... *there were so many young people in the village that a school was set up.*

One of the great secrets handed down from generation to generation was shared with us one afternoon by Chano Vera as he sat in his home at the foot of the necropolis:

... and as summer approaches, when the sun rises over Amurga, the first rays fall on the tomb of the king, while the rest remains dark.

The magnitude and importance of this information caused the Canary Astrophysics Institute to carry out the relevant checks and these confirmed that this phenomenon happens precisely at the equinox, both in autumn and in spring, which shows the extraordinary amount of knowledge of the sky that they had even in distant times. The constant observation of this phenomenon made them choose the exact place where they deposited the remains of the person that the last generations called *rey* (king) from the Spanish word.

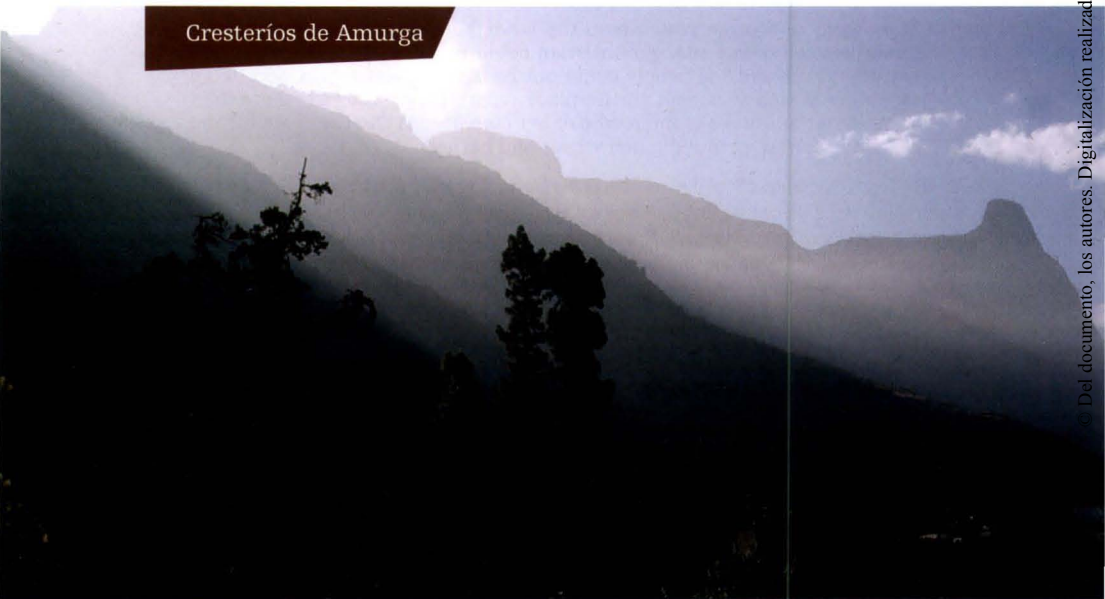
Another great find, among the many that the archaeological site has produced, was the discovery of a large collection of rock etchings which included a floor tile more than a metre long by eighty centimetres wide which recalls another found in Morocco. Moreover, we should not forget the representations of people found in the *Arteara Necropolis*.

Actually, there have been various peoples who have inhabited this territory from the 5th century BC until our own time, when incomers from abroad have once again discovered here the same paradise found by the first inhabitants, thereby adding new values, habits and ways of dealing with day-to-day life to the islands' melting pot, just as the Canarians of 2500 years ago did.

The respect which one has to pay on entering the Fataga Ravine is so great and the care which its dwellers have put into preserving the environment here has involved such great effort, that you who are going to discover the spectacular nature of it as a whole must always bear in mind the burden of care which the history of a people, its customs and its individuals imposes on you. Maybe this way we will be able to recount a different history in another 2500 years.

Traducción de Michael Simpson

Cresteríos de Amurga



*A M^a del Pino Marrero Henning
con todo mi cariño*

LA NECRÓPOLIS DE ARTEARA

Nuestra historia comienza con la ubicación de un pueblo de origen norteafricano y de cultura bereber en un suelo de más de nueve millones de años de antigüedad.

¿Por qué eligieron este lugar para desarrollar su devenir como pueblo? Pues probablemente porque se dieron las condiciones necesarias para instalarse y recrear todo un acervo cultural arrastrado desde el vecino continente: casi la misma flora, abundante agua, tierras de cultivo y pastos para el ganado, piedras para sus muertos y cantos rodados para sus casas. Ya solo faltaba por crear los mitos, las leyendas y los recuerdos que hacen que un pueblo valore su lugar de nacimiento, de vida y de muerte.

Y así nació **Arteara**, núcleo pintado en un cuadro enmarcado por las dos grandes vertientes del barranco de Fataga, de más de 1.000 metros de altura sobre el nivel del mar, con un río de agua continua hasta hace tan solo... ¿300 años?, con un inmenso granero en el que se cultivó todo lo necesario para completar la dieta alimenticia del aborigen que, poco a poco, fue poniendo las bases de un rico poblado de más de doscientos habitantes.

Con un claro concepto de pertenencia a un grupo, se creó todo un conjunto de tradiciones que, tras la conquista, murieron para surgir otras, prácticamente iguales, tras repoblarse la zona con nuevos aborígenes, esta vez desplazados desde la isla de Fuerte-

ventura o desde La Gomera, evitando así la gestación de posibles rebeliones que pudiesen alterar la relativa paz que supuso, de entrada, la conquista de Gran Canaria.

Y coincidiendo con el despegue turístico de la isla allá por los años cincuenta y sesenta del siglo XX, se produjo la llegada de nueva población foránea que se mezcló con los vecinos del barranco, añadiendo un nuevo aporte cultural que ha incidido, una vez más, en el ya viejo mestizaje de la población canaria.

Nuestra llegada en 1979 nos permitió conocer aún vivos a algunos herederos supervivientes de aquellos traslados del siglo XVI y XVII para repoblar la zona: Pinito, Chano, Antonio, Paquito, Juan Tranca, la Campanera Mayor, algunos de ellos con un árbol genealógico, el de los Vera, asentado en el barranco desde épocas remotas. Un grupo de entrañables personas, seres humanos de incalculable valor, habladores y contadores de relatos que llenaron muchas de nuestras tardes de recopilación oral y que han sido la base de muchas de las historias que hoy, herederos de esa tradi-



ción, nos sentimos en la obligación de hacer llegar a nuestros niños, a nuestros mayores y a aquellos que visitan nuestro territorio con afán de oír o leer las viejas y maravillosas leyendas, los reales e históricos hechos que todos los pueblos conservan como pilares de su estructura mental y social.



Pero ¿qué es aquello que ha atraído a los investigadores, como para realizar unos desplazamientos por veredas agrestes o caminos reales, hasta que se construyó la carretera que une el barranco con la costa en torno a 1948? Algo de increíbles proporciones tenía que haber en esta cuenca como para que, llegados desde distintos puntos de Europa, se asomaran a sus márgenes.

Y eso era, ni más ni menos que la... **NECRÓPOLIS DE ARTEARA**, un depósito funerario de increíbles dimensiones con un conjunto de más de ochocientos enterramientos.

Es aquí donde el visitante baja la voz cuando entra en el magnífico recinto. Se impone el silencio porque todo sobrecoge: la luz

Barranco de Fataga



inciendiando en la roja fonolita, el aire que sube desde el fondo del barranco, el calor del sol tórrido en las horas del mediodía y el intenso frío de la noche procedente del vecino desierto del Sáhara, esa bajada en alud de los termómetros durante el vacío de luz que provoca intensos estallidos de la roca como si de un constante sonar del grillo nocturno se tratara. Y al día siguiente, allí donde había una roca consolidada y firme, se observan las primeras ranuras del estallido. Son esas ranuras las que ayudaron al aborigen del antes, del XVII y curiosamente también al lugareño del XX, a elegir este lugar como depósito para sus seres queridos y, también, para los no tan queridos.

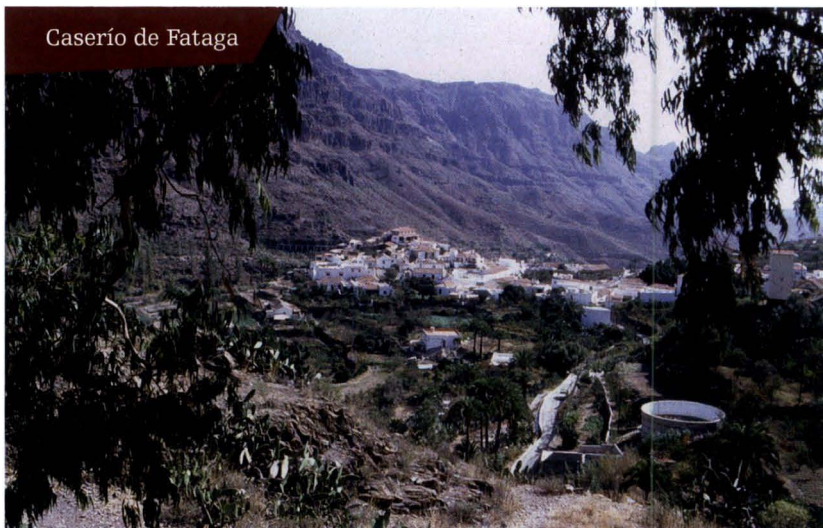
Los protagonistas de esta historia desconocían el hecho de que se habían asentado en una cuenca de 140 Km² de extensión superficial, segunda cuenca en importancia de los diecinueve barrancos que surcan la isla de Gran Canaria.



Cuando querían subir hacia el macizo central, no les quedaba más remedio que atravesar la cuenca de Tirajana o la de Arguineguín, pues la cabecera de nuestro barranco no se desarrollaba hasta la cumbre. Si querían bajar hacia la costa, utilizaban el cauce del barranco, siempre que no corriera el agua, para llegar hasta la plataforma de Maspalomas, encontrándose en el camino con todos los núcleos habitacionales situados en los márgenes: Fataga, Caserones, Arteara, Jitagana... Otra opción era la de seguir los caminos reales que subían hasta Amurga y bajar por la cuenca de Tirajana hacia el mar.

Ignoraban también que Gran Canaria presenta una zona central ocupada por un complejo conjunto volcánico que culmina en el Pozo de las Nieves (1.985 m de altura sobre el nivel del mar), y una gran diversidad geológica como lo demuestra la existencia de

Caserío de Fataga

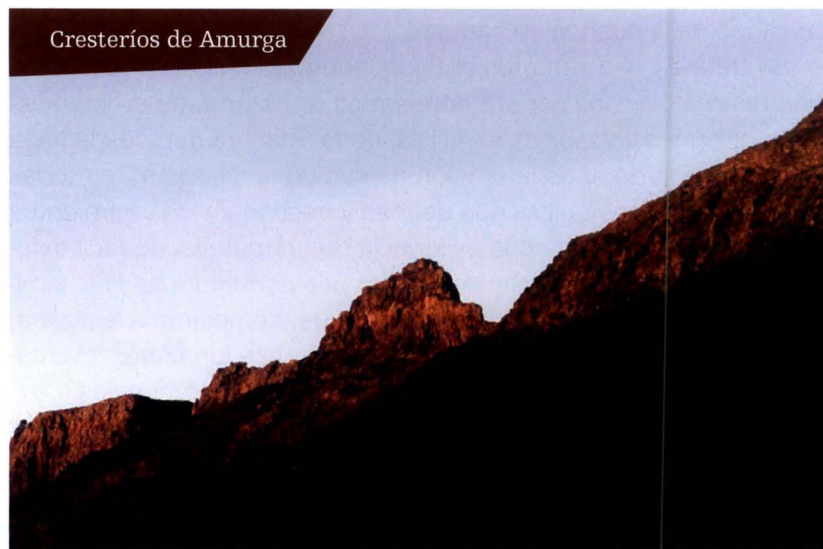


grandes extensiones de dunas en el sur y de grandes e impresionantes escarpes en sus calderas que, como dijo Miguel de Unamuno, son la expresión más palpable de los gritos que una mujer da en el momento del parto.

Trazando una línea imaginaria siguiendo los barrancos de Agae-te y Tirajana, se encuadran dos parcelas: la suroeste, de profundos barrancos y asombrosos monolitos, y la noroeste que goza de mayor fertilidad. Telesforo Bravo señala que

Una gran cúpula emerge del mar con su superficie atravesada radialmente, a partir de la formación central, por múltiples cortaduras y barrancos y donde las superficies horizontales no parecen existir. De ese conjunto se destacan bloques montañosos aislados y agujas que se recortan en el horizonte pudiendo verse desde muy lejos. La roca desnuda domina saliendo de las entrañas del subsuelo.

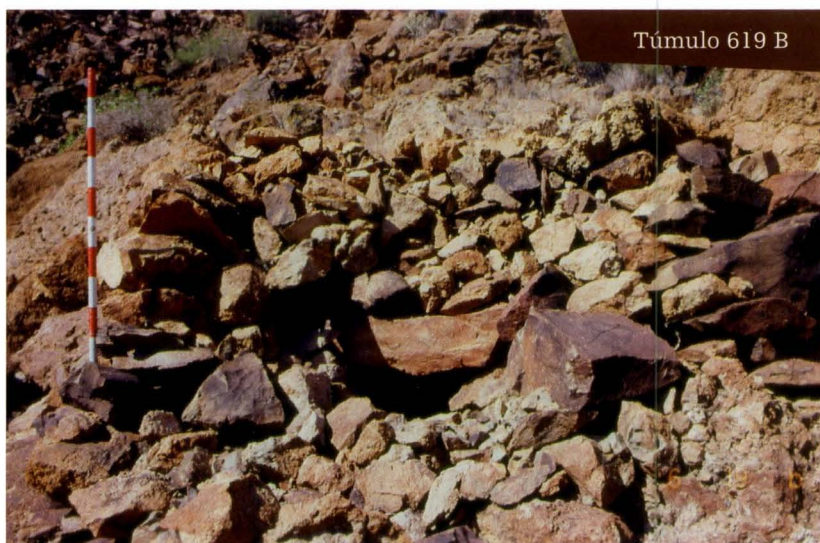
En esos terrenos pedregosos y estériles, a veces de más de 1.000 m de altura, característicos de esa mitad suroeste, es donde queda encajado el barranco de Fataga, a unos 63 km de la capital de la isla y con una altura media aproximada de 730 m sobre el nivel del mar.



Barranco con unos 140 km² de extensión, se une con el de los Vicentes, el de Las Hatas, el de Chamoriscán y de la Negra, para desembocar juntos en la amplia plataforma de Maspalomas. Geológicamente se halla dentro del conjunto denominado *serie fonolítica*, formado por un gran abanico de coladas de gran espesor que desciende hacia la costa desde las zonas centrales, por lo que, generalmente, está inclinado radialmente hacia los márgenes de la isla. Su cabecera no llega al macizo central, debido a la interposición de dos cuencas, la de Tirajana y la de Arguineguín, que le han ganado la carrera en su progreso, culminando su avance en un

pequeño islote muy separado del bloque central: Morrobarranquillo, un vértice de 1.500 m de altura que se encuentra a su vez flanqueado en uno y otro lado por un conjunto de estribaciones que terminan en Montaña de los Cercados y Llanos de las Mesas, por una parte, y por la cumbre de Trujillo y Lomo de los Vicentes, por la otra. Todas estas montañas forman un gran arco donde introduce su cabecera la cuenca de Fataga.

Se trata de una zona tan antigua, que ha recibido la denominación de *paleocanaria* por ser donde más remotamente se produjeron erupciones volcánicas en la isla, de tal manera que desde hace once millones de años la erosión ha venido actuando sobre todas las estructuras geológicas que definen y encuadran los yacimientos del barranco, provocando la existencia de un material de fácil exfoliación, la fonolita, muy manejable, con una estructura de flujo laminar que facilita su disyunción en lajas y que, semejante a la pizarra, fue utilizada en la construcción de las sepulturas tumulares levantadas por nuestros protagonistas desde tiempos inmemoriales.



Practicados los correspondientes análisis encaminados a obtener una cronología absoluta sobre materiales obtenidos en este medio, Mc. Dougall I. y M. U. Schmincke (1976) revisaron y ampliaron las dataciones radiométricas existentes en esta isla. Mediante estos análisis se comprobó que la edad más antigua del primer episodio basáltico no llegaba a los catorce millones de años. Lo que ellos denominaron Formación Fataga duró entre los 12'6 y 9'6 millones de años, trasladándonos pues a un periodo ubicado en la *era terciaria*, concretamente al Mioceno Superior, un momento crucial para el despertar del desarrollo de esos seres que han sido catalogados como los primeros especímenes de la evolución humana.

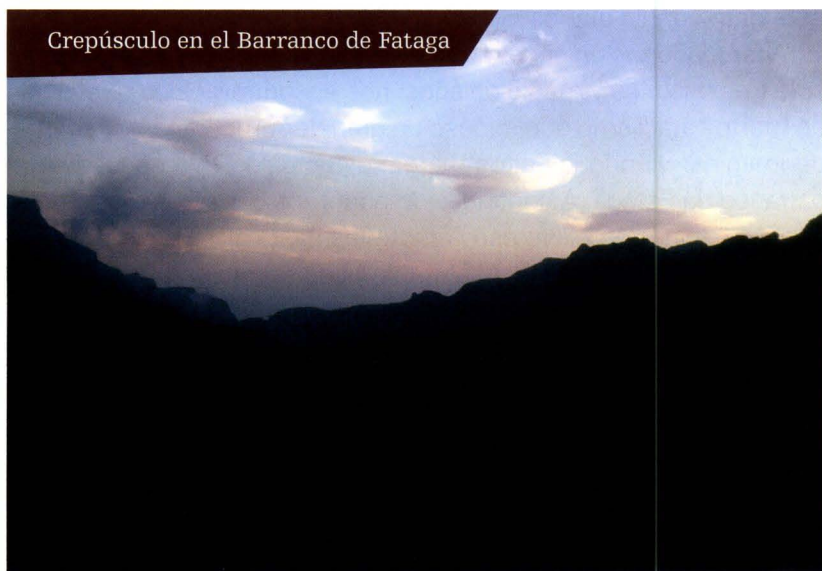
Recordemos que el escenario mundial está sufriendo unas transformaciones espectaculares que están gestando el suelo que hoy pisamos. Así, a nivel geológico, la isla entra en un amplio periodo de silencio tras otro de fuertes erupciones que desde las profundidades marinas permitió el surgimiento lento pero continuo de esta gran cúpula que es Gran Canaria.

Acercándonos un poco más a nuestra cronología, hasta hace tan solo tres millones y medio de años, nos encontramos de nuevo con un fuerte cataclismo que supuso un gran derrumbe que hoy se puede imaginar viendo los altos márgenes actuales que encuadran el barranco de Fataga. A continuación podemos cerrar los ojos y dejar que la imaginación eleve esos cresteríos hasta alcanzar unos dos o tres mil metros de altura. Al abrirlos, observándolos atentamente, tendremos la sensación de que alguien (ese monstruo mitológico e imaginario que todo lo retoca y ordena) tomó un objeto cortante y perfiló esas montañas como si de un recortable se tratara.

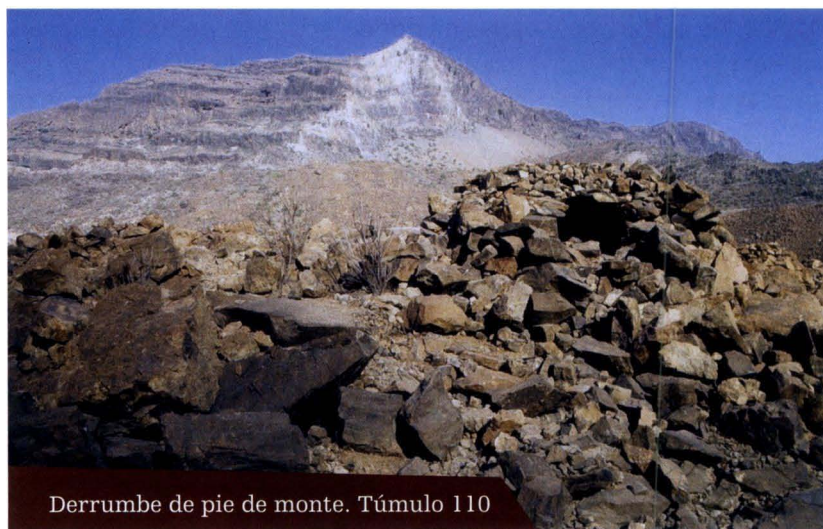
Es así como podemos reconstruir en nuestra mente los nueve millones de años que nos separan del principio del fin de nuestra desgastada pero querida isla, ese rápido pero implacable proceso que ocurre igual en todo el planeta, en un planeta citado por el astrofísico Hubert Reeves en *La historia más bella del mundo*:

Sí, si se convierten los cuatro mil quinientos millones de años de nuestro planeta en un solo día, y suponemos que apareció a las doce de la noche, la vida, entonces, nació hacia las cinco de la madrugada y se desarrolló en el resto del día. Hacia las ocho de la noche aparecen los primeros moluscos. Hacia las once, los dinosaurios, que desaparecen a las doce menos veinte y dejan el campo libre para la rápida evolución de los mamíferos. Nuestros antepasados solo surgen en los cinco últimos minutos antes de las doce de la noche y se les duplica el cerebro en el último minuto del día. ¡La revolución industrial solo ha comenzado hace una centésima de segundo!

En uno de estos últimos segundos es cuando se desarrolla en Gran Canaria uno de los periodos caracterizado por el desplome de estructuras geológicas propias de un proceso de desgaste, cuan-



do la estructura que domina el emplazamiento de la **Necrópolis de Arteara** se desprende y se desliza hasta el lecho del barranco creando un accidentado declive de abruptas piedras, inmensos bloques apilados procedentes de una avalancha de pie de monte que se extendió sobre una terraza fluvial. Y en ese proceso en el que se produce el deslizamiento hasta el cauce del barranco, es cuando la fonolita adquiere su coloración rojiza, obedeciendo a fenómenos de meteorización, alterándose por la oxidación de los ferromagnésicos y de los feldespatos que la componen.



Así pues, la erosión ha sido la *benefactora* que ha venido actuando sobre todas las estructuras geológicas que definen el cementerio, provocando la existencia de un material de fácil exfoliación, muy manejable, que fue utilizado en la construcción de las sepulturas.

Observando el entorno desde un catalejo que nos permita retroceder 500 años, constatamos que los recursos hidráulicos estimados fueron más abundantes que los existentes en la actualidad,

toda vez que sus restos (aún observables en núcleos como Fataga, Caserones o en los amplios surcos de palmerales extendidos a lo largo de casi todo el barranco) constituyeron el nacimiento de nuevas áreas de población en íntima relación con la necrópolis, núcleos de carácter estacional, pero que siguen siendo utilizados como centros habitacionales.

Hoy el clima es bastante seco, aunque se diferencian dos áreas climáticas distintas: por un lado, las laderas y vertientes reseca y áridas por la fuerte irradiación solar y por la pérdida arbórea sufrida en la zona desde el momento de la conquista y, por otro, los fondos de los barrancos y espacios donde existe un pequeño manantial de agua, lugares privilegiados, de clima dulcificado y en los que se obtiene un amplio rendimiento agrícola. Las lluvias dispersas y escasas no ayudan mucho más, pues producen una media anual aproximada de 100 ml, oscilando la temperatura entre los 16° y los 22° en invierno y los 22° y los 30° en verano.

Pero en otras épocas esto no fue así, pues el paisaje vegetal siempre estuvo dominado por una formación semi-xerofítica, caracterizado por un pinar abierto tipo *parque*, tal y como nos lo confirma la presencia de algunos restos de *Pinus canariensis* acompañados por muy raras representaciones de sabinas (*Juníperus phoenicea*), sobrevivientes de una época destructiva posterior a la conquista. Tuvo que haber sido un valle de tal riqueza, que aún hoy hallamos, en medio del pedregal que define la necrópolis, especies endémicas de Gran Canaria como el bajeque (*Aeonium manriqueorum*), el cardo (*Carlina canariensis*) o el tajinaste (*Echium decaisnei*); endemismos canarios como la leña buena (*Neochamela pulverulenta*) o el balo (*Plocama pendula*); flora macaronésica como el tasaygo (*Rubia fruticosa*), la yesquera rojiza (*Phagualon purpurascens*); o especies de amplia difusión como el greñón (*Lenchrusciliaris*) o la triquiñuela (*Cuscuta*).

Y tampoco podemos dejar a un lado aquellas especies que no fueron encontradas en el momento de la investigación en Arteara,



Vegetación de la necrópolis

pero que pudieron haber crecido en otros periodos de su desarrollo en esta área: incienso (*Artemisia thuscula*), tajinaste negro (*Echium onosmifolium*), escobón (*Chamaecytisus proliferus*), hinojo (*Foeniculum vulgare*), leña blanca, buena, santa (*Neochamaelea pulverulenta*), mato de risco (*Lavándula minutoli*), etc.

Etnografía

Este medio, este maravilloso medio en el que se asentó el aborigen canario y que tenía todos los ingredientes para crear un centro de desarrollo vital, se vio complementado con el pastoreo de la cabra, la presencia del cerdo en las casas hondas, la recolección de frutos silvestres y la extensión de la agricultura junto con la presencia de abundante agua. El conocimiento que el paso del tiempo ofreció a los lugareños sobre las propiedades que tenían determi-

nadas plantas, como la tabaiba o la ruda, pudo haber creado un nicho ecológico propicio para el desarrollo de amplias actividades humanas que, tras sobrepasar los límites naturales del barranco, permitieron contactos con otros grupos asentados en el resto de la isla, provocando con ello no solo intercambios en momentos de paz, sino también rencillas por la posesión del ganado, fuente de toda riqueza y prosperidad para estos pueblos no tan primitivos.

Todo ello favoreció ampliamente el asentamiento humano a lo largo de la cuenca hidrográfica de Fataga, lo que conllevó un complejo bagaje cultural que a través del tiempo se ha mantenido casi intacto hasta que el turismo, la construcción y los nuevos modelos vivenciales han hecho presencia en los últimos cincuenta años, alterando sustancialmente las raíces que habían mantenido la reutilización del barranco desde tiempos inmemoriales. Recordemos la cita de Sabino Berthelot en sus *Antigüedades Canarias*:

Las antiguas costumbres sobresalen aún en medio del progreso de la civilización; un hábito invariable las perpetúa de generación en generación como una tradición de tiempos pasados. El campesino, el pastor, el agricultor, todo este pueblo agreste, permanece fiel y conserva las costumbres de vida de otros tiempos; tuesta la cebada, muele entre dos piedras horadadas colocadas en su humilde habitáculo, y prefiere el gofio de sus antepasados al pan del rico.

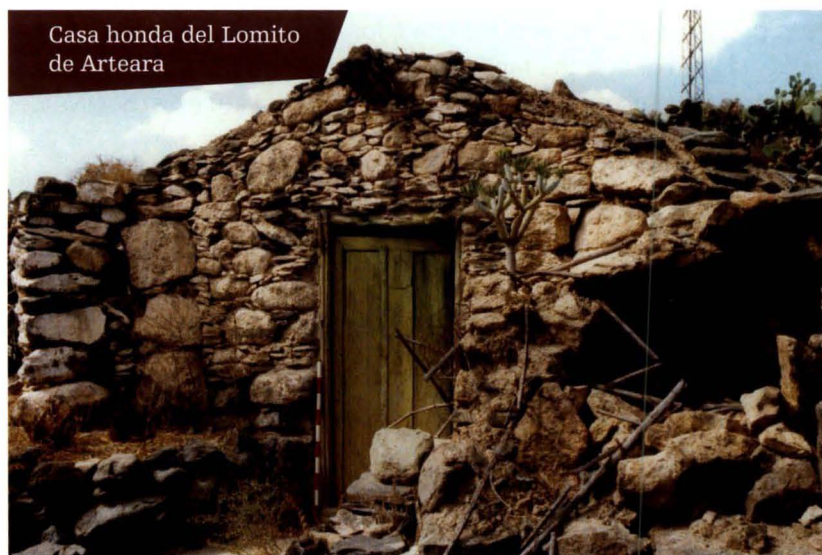
Esta reutilización ha quedado constatada con el estudio etnográfico de la vida tradicional de los pobladores del barranco, aportando una serie de datos útiles para la reconstrucción de la vida aborígen desarrollada en la zona, avalada por la constante pervivencia que, generación tras generación se ha venido practicando acerca de todos los factores que definen la vida, economía, etc. del habitante de esta zona sur de Gran Canaria.

Fruto de la pervivencia de modelos pretéritos es la relación directa que existe entre hábitat prehispánico y hábitat tradicional, pues núcleos arqueológicos como Arteara, Caserones, Jitagana o Fataga mantienen aún hoy día la existencia de grupos humanos asentados en los mismos lugares desde la antigüedad.

A ello hay que añadirle la presencia de construcciones en piedra seca que, a manera de *casas hondas*, han sido compradas por el Ayuntamiento de San Bartolomé de Tirajana para convertirlas en *Museos de sitio* o *Centros de interpretación*, cuando no siguen siendo habitadas por lugareños que, ampliando el habitáculo, las utilizan como habitaciones aledañas a sus casas. Tal es el caso del Lomito de Arteara, que no ha sido remodelada en ninguno de sus aspectos significativos; tan solo sus paredes han recibido un baño de cal, y en su techo se ha abierto una oquedad que, a manera de cristalera, deja pasar la luz al interior, ofreciendo todos los elementos característicos de la *casa honda* aborigen.

El resto de las casas son en su mayoría de factura tradicional: paredes de piedra de unos cincuenta centímetros aproximadamente, techo a una o dos aguas, cubierto con tejas, realizado con una viga central a la que concurren travesaños de tea.

Hoy el núcleo está sufriendo un momento de despoblamiento progresivo de aquellos que heredaron de sus antecesores terre-



Casa honda del Lomito
de Arteara

nos y casas en la zona, vendiendo algunas de estas viviendas a extranjeros que están encontrando en Arteara un lugar de reposo y tranquilidad.

Al observar los cursos de agua del barranco, notamos la presencia de pequeños manantiales que han dejado sus improntas en el terreno, bien mediante la presencia de surcos amplios en el suelo, bien por la existencia de amplios cañaverales o palmerales que son muestra de una humedad del subsuelo que, dada la desecación actual del clima, no aflora transformada ni tan siquiera en un arroyo de escuetas dimensiones. Pero esto no ocurre en todo el barranco, pues a pesar de todo hay algunos centros que hoy día cuentan con cursos de agua, tanto temporales como permanentes.

En el núcleo de Arteara, que creemos el más fértil de todo el entorno, discurre el agua no a través de un manantial, sino que el fenómeno que aquí destacamos se halla caracterizado por la composición del subsuelo, que hace que el agua discurra sobre una capa impermeabilizada de ignimbrita, con lo cual solo es posible acceder hasta ella a través de la apertura de pozos.

Así pues, según el concepto de reutilización del que hemos venido hablando con anterioridad, hemos constatado la ocupación de casas aborígenes que, reformadas o adaptadas, usando sus cimientos, se han mantenido tal cual fueron halladas. Claro exponente es el reaprovechamiento que de un hábitat aborígen llevó a cabo Chano Vera, uno de los dueños de la necrópolis, en su propia vivienda. Esta casa presenta, por un lado, los añadidos que sucesivamente han ido exigiendo los diferentes familiares y, por otro, el adosamiento a una habitación cuyos muros de gran anchura se hunden en el declive del terreno para acomodarse a la inclinación del mismo.

En Caserones, mientras la mitad inferior del yacimiento, la que mira hacia el caudal del barranco, se caracteriza por la presencia de casas de construcción tradicional edificadas con anchas paredes y techumbre a dos aguas, el resto del yacimiento, esto es, la parte superior, se define por unas casas circulares sin techumbre utilizadas



La autora con
Chano Vera

hasta hace unos cincuenta años como chiqueros o alpendres de animales y que son *casas hondas* aborígenes reutilizadas según las necesidades que los sucesivos habitantes fueron demandando.

Pero el centro que mayor pervivencia de elementos aborígenes y tradicionales presenta en el viejo barranco es Fataga. Estamos ante un poblado que, además de haber conseguido una conservación espléndida, es un lugar donde las tradiciones habitacionales se manifiestan en su mayor alto grado. Se observa en la utilización de casas aborígenes como la *Casa de padrino*, que se conservó íntegra en todos sus elementos hasta el año 1981, cuando se eliminó su techumbre para evitar que siguiera penetrando el agua en su interior, lo que hizo que se transformara en gran manera su factura constructiva.

Cuando conocimos a maestro Bernardo tenía ochenta y ocho años y contaba con una vitalidad extraordinaria. Supo relatar con mucha paciencia todos sus conocimientos acerca del alzado y fabricación de estas viviendas. Aparte de señalarnos que ya él no pudo usar la viga de pino para la techumbre, reconoció que sus antepasados la utilizaron ampliamente. Sobre esta viga y sus tra-

Casa honda de Fataga



vesaños colocaba una segunda capa de barro, *tierra especial*, *tierra zamora* y pinocha apisonada. Igualmente, nos hizo un curioso relato del progresivo cambio que se llevó a cabo en la construcción de las paredes, pasando de un grosor de cincuenta centímetros, como ya hemos mencionado, a solo treinta, realizadas *a cajón*, usando a continuación el sillar, de unos veinte centímetros.

Si seguimos completando el puzzle que compone el *modus vivendi* del barranco, hay que añadirle la vigencia que ha tenido el



Maestro Bernardo y su mujer

sistema económico imperante desde tiempos antiguos. De clara herencia aborígen, tiene su fundamento en dos facetas tradicionales de la economía de los ya mencionados grupos prehispánicos: la ganadería, reutilizando las mismas vías naturales de comunicación empleadas para el trasvase de sus animales, constatando el registro de migraciones estacionales desde y hacia la cuenca de Fataga de rebaños formados por la actual cabra común canaria, procedentes en algunos casos de zonas relativamente distantes como Juan Grande, San Mateo, etc.

La movilidad del rebaño de Arteara, el más numeroso, ha tenido dos periodos cronológicos, pues antes de los años cincuenta todas las cabezas se unían en un gran conjunto y se tenían *de media* con el jefe del rebaño y, por supuesto, no necesitaban salir del barranco en todo el año. Tras estos años, no solo se subía a Amurga, sino que en momentos de gran sequía se trasladaba el ganado hasta Agaete. El alimento que estos pastores buscaban para sus animales era siempre *hierba mata*, es decir, todo cuanto estaba a su alcance (escobón, cornigüela, burujilla, esparraguera, aulaga, flor del jarón, cerrajón, malva, ortigas mansas, cornical...).

Exponente de la inmensa documentación oral recogida de estos pastores es lo que sigue:



En un principio, el ganado daba malamente para vivir, pues se pagaba el kilo de queso a cinco pesetas. En momentos mejores pudimos comprar algunas cosas en Sardina del Sur o en Juan grande, como judías, papas o gofio. Terminada la guerra se requisó todo y pasamos mucha hambre.

Y, cómo no, la agricultura, en la que destaca el cultivo del millo y la reutilización de molinos de factura aborigen para su transformación y molienda, coincidiendo pues con una dieta alimenticia conformada a partir de los recursos naturales y con productos piscícolas llegados tardíamente desde la costa a través del lecho del barranco y a lomos de burros.

Otro aspecto, derivado de este análisis y en relación con el comportamiento del fataguero, hace referencia a la división del trabajo planteada en función del sexo, al que se le destinan actividades específicas dentro de su marco económico. Se constata la presencia de clases sociales estrictamente delimitadas, entre las que destaca, por su carácter marginal, el trato dado a la foránea establecida ocasionalmente en la zona, así como a la población desprovista de cabras o de zonas de cultivo. Consecuencia directa de este comportamiento ha sido la presencia de una endogamia extremadamente acentuada, constatada en la genealogía de la zona.

Derivada de una economía mixta, los principales productos de consumo diario han sido, por un lado, los derivados de la ganadería: de la cabra se aprovechaba todo: la leche (el queso), su piel, su carne. Por otro, los de la agricultura: millo, judías, habas, papas, trigo, cebada, lentejas, garbanzos.

Se ha utilizado el molino aborigen para la molienda del grano como en épocas pretéritas hasta hace poco tiempo, para lo cual iban a Fataga, donde señalan que existía uno de gran tamaño, mientras que los usados en casa eran pequeños y utilizados para hacer el frangollo.

Junto a estos alimentos, se consume abundante fruta: naranjas, albaricoques, uva, aguacate, limones, tunos, higos y dátiles, frutos localizados en los fondos de barrancos, donde la humedad sigue favoreciendo estas plantaciones.

La conexión con otras áreas, como con la Cuenca de Tirajana, se ha fundamentado en intercambios comerciales, entre cuyos productos destacamos la cerámica fabricada en el conjunto de cuevas de Rosiana, de raíces claramente prehistóricas. Al mismo tiempo, se ha observado la casi desconexión con la zona costera como una constante desde tiempos pretéritos.

La vida en el barranco tiene como base el núcleo familiar constituido tras las amonestaciones de la boda y completándose la pareja muy pronto con la presencia de hijos que, en muchos casos, han ido abandonando el barranco en busca de mejores perspectivas.

La vida en la casa gira en torno a mi mujer, que trabaja más que yo. Yo me llevo las cabras y me paso todo el día por ahí. Ella vigila y cuida a los hijos, hace la comida, cultiva, fabrica las esteras, hace el queso...

La endogamia en Arteara se manifiesta por el cruce continuo entre miembros de una misma familia: Manuel Vera, Margarita Vera, Francisco Vera, Sebastián Vera, Remigio Vera, Esperanza Vera...

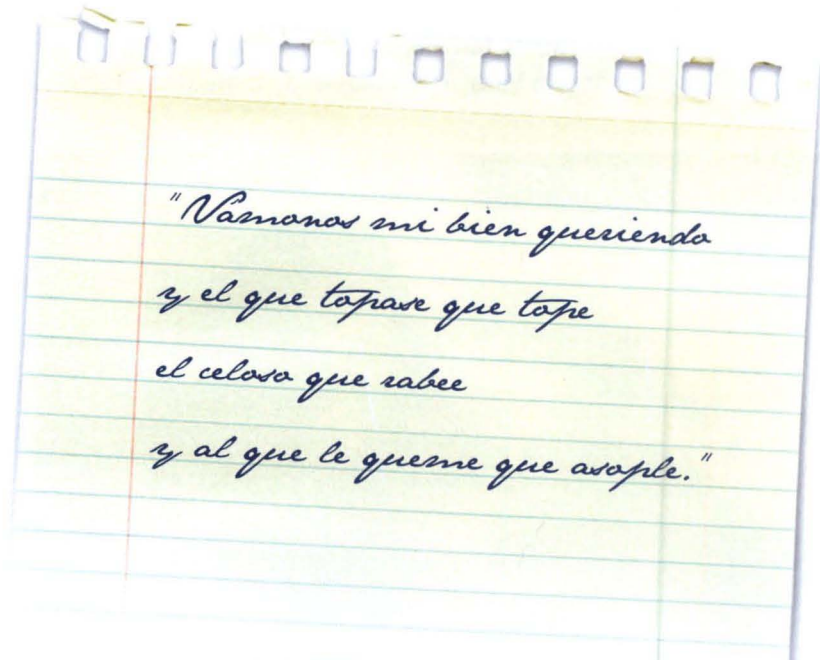
La autora con Pino Báez Vera



hecho doblemente constatado cuando anotamos que Chano Vera y su mujer, Pino Báez Vera, son primos.

Dado que a principios del siglo XX la medicina no existía como concepto moderno en la zona, los males eran subsanados con aparos familiares: las cortadas con gotas de leche de tabaiba o verol para evitar las infecciones; los catarros con agua hervida de morisco, pazote y caña de limón o de ortigas.

En esas fechas, los fatagueros festejaban ampliamente cualquier evento, desde los carnavales (disfrazados con sábanas, sacos y tiznes de carbón o cochinilla en la cara) a la matanza de un cochino, pues *había una juventud muy grande, tan grande que en la misma Arteara había escuela*. Cumplían con las fiestas religiosas, al igual que con las del pastor, fecha en que se celebraba el feliz regreso de los ganados desde la cumbre a la costa (diciembre o enero). Y en estas fiestas se desarrollaba todo un bagaje de juegos, como *el de las almendras* y *el hoyo*, *el de las puyas*, *el del cura* y durante los velorios de parida, *el del pañuelo*, *el del ramo de aulaga* y *el de la prenda*. El folklore completaba todo este mundo, con letrillas como:



*"Vamonos mi bien queriendo
y el que topare que tope
el celoso que rabee
y al que le queame que avople."*

Arqueología

Entrando de lleno en el estudio de aquellas muestras del mundo aborigen que comportan el núcleo de esta *síntesis imposible*, y dada la amplitud de información recopilada y la extensión superficial de los yacimientos y del parque arqueológico del *Barranco de Fataga*, nos centraremos en las áreas que han demandado estudios más exhaustivos. Por la importancia del lugar donde se ubican y de otras características que a continuación expondremos, incidiremos en la pervivencia de tradiciones y en la reutilización una y otra vez, siglo tras siglo, de los elementos que unos y otros fueron fabricando en base a las necesidades más elementales del grupo.

Destaca el emplazamiento elegido por varios núcleos de población aborigen, tanto en el lecho como en los márgenes y andenes del barranco, incluyendo yacimientos de variada naturaleza y fines distintos. Así pues, no solo se puede hablar de la **Necrópolis de Arteara**, sino también de zonas como las ya mencionadas Caserones, Gitagana, Cuesta de Gitagana, Aserraderos y la misma Arteara, caracterizadas por ser estructuras de superficie que se oponen a la presencia de formaciones naturales como cuevas de enterramiento (cueva del Solapón), de habitación (cueva de Los Manzanos, cuevas de Ana), yacimientos que han aportado material de superficie de la misma afiliación.

Aparte de la necrópolis, hemos constatado la presencia de enterramientos como el túmulo de Amurga, cueva frente oasis Arteara (de la que se extrajo un cadáver vestido a la manera canaria, con tejidos de junco y palma), cueva funeraria de Amurga, cueva del rey, cueva del solapón, cuevas de Los Pasos...

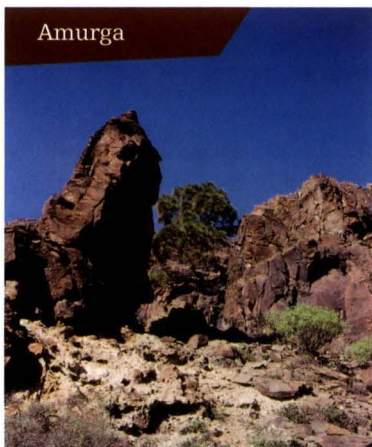
Como complemento al mundo de la muerte, la vida se desarrolla tanto en cuevas naturales (risco de Amurga, cueva de los Manzanos, cueva del Solapón, cuevas en el cauce del barranco, cuevas de Ana, abrigos pastoriles anexos a los Gánigos) como en hábitat

Fragmento de cerámica de Aserraderos



de superficie (abrigo de la montaña, cabaña de la Degollada, Casa y abrigo del Risco del Drago). Caso aparte es la Fortaleza de Amurga, roque en forma de cuchillo con una subida muy pendiente. En su alargada cima aparecen restos de tres de las varias modestas casas batidas por el viento, la segunda de estas, doble. Este yacimiento presenta un claro carácter defensivo.

Amurga



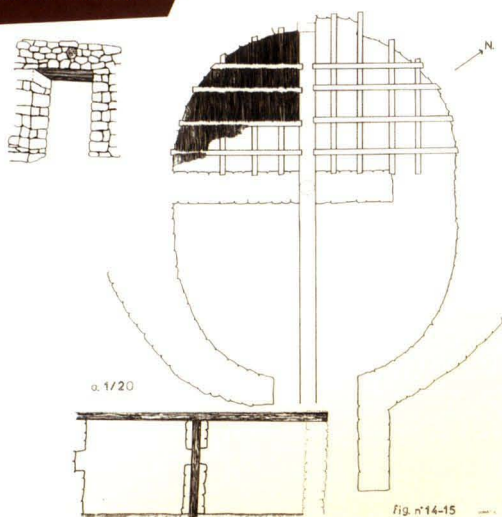
Hito fundamental en los centros habitacionales es Caserones, núcleo amplio y muy interesante ya que constituye un yacimiento formado por un conjunto de diez viviendas aborígenes localizadas en una suave pendiente del terreno. Su emplazamiento geográfico presenta un ecosistema perfecto para el desarrollo de la vida, pues se hallaba dividido por un manantial de agua, con amplias áreas de cultivo de suelos aptos para el trigo y la cebada.



Las estructuras construidas en *piedra seca* no conservan el techo en ningún caso, aunque sí permanecen casi intactos sus muros. De planta circular, fueron realizadas socavando el terreno, de forma que la pared opuesta a la entrada se aprovecha del mayor desnivel para encajar sus elementos constructivos en el mismo corte del terreno.

El material de superficie recogido está compuesto por simples fragmentos cerámicos, nunca por piezas completas, fabricados mediante una cocción irregular con una pasta muy grosera, mal compactada por la abundancia de desgrasantes toscos y con una coloración ocre amarillenta. Presentan, por lo general, una falta total de tratamiento en su superficie que suele reducirse generalmente a un simple alisado, aunque no faltan excepciones consistentes en baños de engobe que convierten la superficie en una lucida capa de color rojizo que, en algunos casos, adquiere brillo como consecuencia de un bruñido posterior. Así hemos

Casa honda de Padrino



localizado bordes, asas, fondos y tapas que a veces presentan motivos decorativos conformados por líneas rectas, ondulantes y paralelas.

Casi en la cabecera del barranco, en una amplia loma que sobresale del mismo lecho, destaca el poblado de Fataga (a 575 m sobre el nivel del mar), poblado en el que se debió haber situado un amplio núcleo aborigen del que aún hoy es muestra la llamada y ya mencionado *casa honda de padrino*. De planta circular, unos gruesos muros que se empotran en el desnivel del terreno delimitan su contorno. Su techumbre fue estudiada descubriendo que bajo una amplia capa de tierra apisonada se habían colocado tirantes que se apoyaban en otros colocados transversalmente y que, a su vez, descansaban sobre una gruesa y larga viga de tea que mantenía todo el peso de la estructura. Entre los tirantes ya citados se disponían pequeñas láminas de madera que impedían



Fragmentos de cerámica de Caserones

que la tierra se colara. La estructura era tan larga que una nueva viga central colocada en sentido vertical sostenía el punto crucial de toda la construcción, viga que afortunadamente conserva aún hoy su primitiva posición.

La entrada a esta habitación sin puerta se halla encuadrada por un amplio dintel de gruesos muros encajados por unas pequeñas vigas de tea que forman el remate del rectángulo que constituye la entrada. El material de superficie recogido es escaso, pero contamos con una pintadera que hoy ha reproducido el escultor

Montul en la entrada del pueblo como homenaje a los hombres y mujeres que ocuparon este suelo en tiempos pasados. En el mismo monumento también se puede observar una réplica del ídolo de Arteara.



Estación nº 1. Caserones

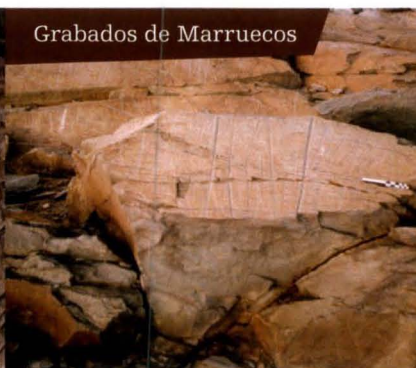
Tiene presencia también el mágico mundo de los grabados, ubicados en el barranco en la misma necrópolis y en Caserones, yacimiento con más de treinta estaciones en las que se han descubierto disposiciones geométricas de líneas y círculos que se entrecruzan y que, ocasionalmente, se hallan ubicadas en la losa más impresionante hasta ahora descubierta en Gran Canaria y referente a un núcleo de habitación aborigen utilizado hasta hace tan solo cincuenta años y que fue, durante los últimos dos siglos, el granero del barranco, pues las fértiles tierras y los manantiales de agua continuos favorecieron la creación de un poblado hoy declarado como bien de interés cultural.



Loseta de Caserones



Detalle



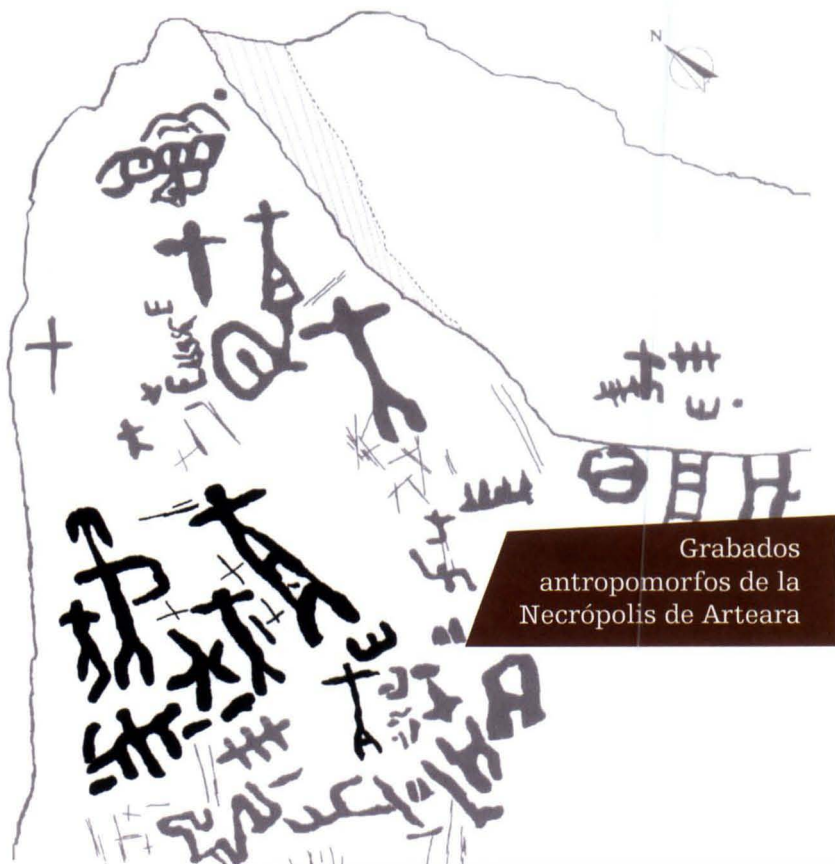
Grabados de Marruecos

Los grabados son realmente espectaculares, teniendo su referente más directo en aquellos que encontramos en el norte de Marruecos, donde se han recogido muestras exactamente gemelas (agradecimiento al Dr. Jorge Onrubia por la aportación hecha a nuestra investigación).

Dentro de la misma necrópolis se han encontrado unos paneles con grabados formados por figuras humanas, inscripciones alfabéticas y motivos geométricos que fueron analizados por J.J. Guillén Medina, M. Martínez y otros, y publicados en la *Revista Tabona* del año 2004, diferenciando dos tipos de manifestaciones:

Un primer grupo con mayor cantidad de paneles, en los que predominan los rayados con motivos geométricos: dameros, líneas y cruces. Tradicionalmente este tipo de grabados han sido relacionados con contextos históricos, asociándose a procesos de cristianización. No obstante, no descartamos su adscripción prehispánica, ya que aparecen habitualmente vinculados a yacimientos aborígenes tanto en el Archipiélago canario como en el Norte de África.

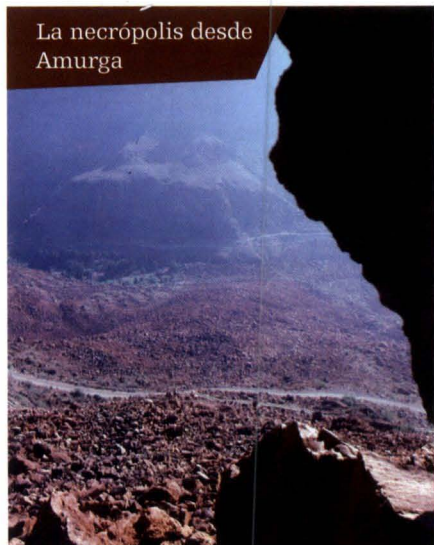
El segundo grupo de paneles sí presenta unas técnicas de ejecución y motivos de marcado carácter aborígen. Hasta el momento hemos contabilizado seis paneles con estos motivos, de los cuales tres presentan antropomorfos, alfabetiformes y/o geométricos y cuya técnica predominante es la de picado más abrasión.



Otro hito de gran interés arqueológico para la prehistoria de la isla es la presencia en el lecho del barranco de una estructura de factura circular con pequeñas disposiciones interiores, a manera de habitaciones aledañas, que forman parte de una formación semicircular construida con piedra seca y que conserva tres de los cuatro betilos que en su momento se ubicaron en el mismo centro de la construcción. Excavada una igual en El Tejar, en el municipio de Santa Brígida, por Tibicena, Gabinete de Estudios Patrimoniales, parece tener una conexión ritualística fuera de los márgenes donde se suelen ubicar los almogarenos o santuarios centrados en las zonas más elevadas de las cresterías de la isla.

En este caso, se encuentra casi en el cauce del barranco, en sus inicios y a escasa distancia de la plataforma de Maspalomas, en una zona de paso que tiene mucho que ver con las conclusiones a las que este equipo de arqueólogos ha ido llegando, pues considera que esta construcción de Sataute, de la que han obtenido dataciones de carbono 14 que van del siglo XIII a fines del XV, tiene sus calcos por toda la geografía insular, *asociados a diferentes ambientes, a acciones sociales vinculadas con la comunidad en general*, basadas en la importancia fundamental que tiene el ganado como base económica para este pueblo aborígen. A ello hay que añadir los rituales que comportan unas determinadas creencias religiosas. Según sus estudios, *fueron utilizados por los propios aborígenes como pasos y zonas de tránsito, para posteriormente integrarse en la red viaria castellana.*

Y ya situados en la cima del Risco de Amurga, a más de 1.000 m de altura sobre el nivel del mar, se ubican treinta y cuatro cazoletas de sección cilíndrica y planta circular, de entre ocho y diez



centímetros de altura, alcanzando algunas los 40 cm. de diámetro, excavadas en una plataforma que se alarga sobre las dos vertientes: Fataga por un lado y Tirajana por otro. Todas estas pequeñas estructuras se comunican entre sí por canales de diversa longitud y anchura, creyéndose que todo el conjunto (tras ellas se encuentran cuevas de enterramiento, hoy completamente expoliadas) formaría uno de los almogarenes más espectaculares de la isla. El Instituto de Astrofísica de Canarias constató que fue un punto de interés sobre el cual incidían los últimos rayos de sol en el equinoccio de primavera y en el de otoño que, probablemente, estuvo asociado con un lugar de amplia dedicación ritualística, donde iban los canarios a rogar y pedir por sus necesidades más apremiantes en determinados momentos de su devenir como pueblo.



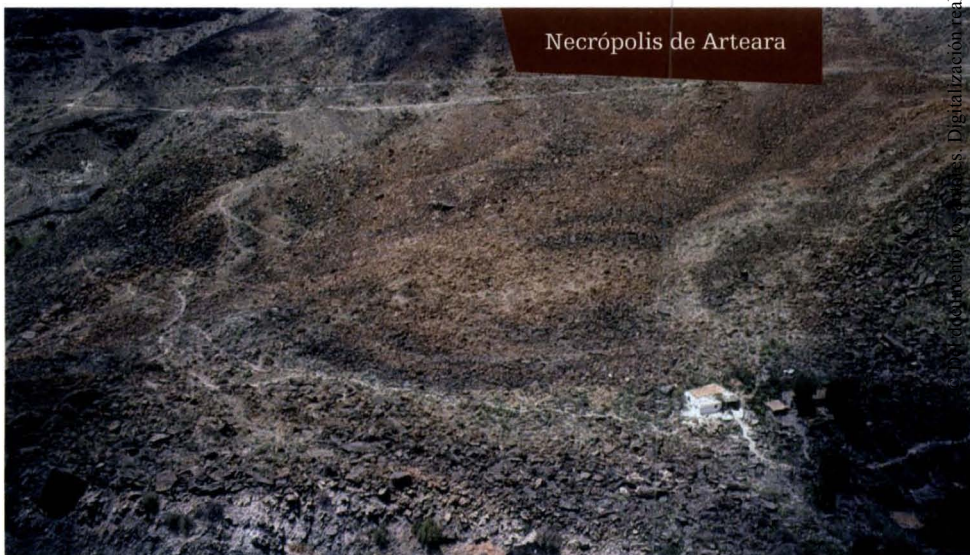
Era importante en el mundo aborígen esa conexión con los lugares más altos de la isla, los que más se acercaban a la bóveda celeste, aquéllos que más los podían conectar con los dioses o con las fuerzas naturales sustentadoras de su conciencia, sus mitos y sus leyendas. Eran los pilares que conectaban este mundo con el otro.

R. Verneau, antropólogo francés, escribe lo siguiente:

Rosa Schlueter Caballero

Las ceremonias religiosas se practicaban en lugares especiales, siempre situados en las partes más altas. Esto es un hecho digno de atención: en todo el Archipiélago canario existía el culto a los lugares altos. A veces se elegía una simple explanada o un peñón que dominara los alrededores. La mayoría de las veces se elevaban sobre las montañas verdaderos templos...

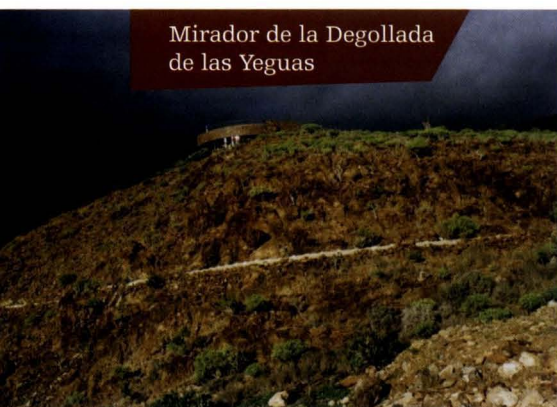
Las ceremonias habituales se reducían a ofrendas a las divinidades. Se las hacían a los dioses protectores para que se volvieran favorables, y al genio del mal para que no los perjudicara. Consistían en frutas, entrañas de animales, carnes, mantequilla y, sobre todo, en libaciones de leche. En los lugares en que se hacían estas libaciones se ven, casi por todas partes, agujeros o canales hechos en las rocas que tenían objeto recibir el líquido.



Necrópolis de Arteara

Pero volvamos la vista atrás y situémonos en el centro más espectacular del barranco de Fataga, justamente en la **Necrópolis de Arteara**, ubicada dentro de ese amplio y majestuoso marco geológico y geográfico ya descrito, e inmersa en un mundo donde ha predominado hasta hace bien poco una vida tradicional caracterizada por la pervivencia de las costumbres aborígenes.

Miremos de nuevo por nuestro catalejo desde la Degollada de las Yeguas y localicémosla en el margen izquierdo del barranco de Fataga, a 450 m sobre el nivel del mar y a una longitud de 15°, 34' 10" Oeste, y a una latitud de 27° 50' 30" Norte.



Asentada sobre terrenos de carácter volcánico y de naturaleza fonolítica, denominados comúnmente con el nombre de *malpaís*, presenta una extensión de 137.570 m², encuadrando una superficie de 515 m de largo por 430 m de ancho que, por su color rojizo, llama poderosamente la atención desde la lejanía de nuestro mencionado puesto de observación, pudiendo confundir su ubicación, como así le ocurrió a Víctor Grau Bassas, con los restos de un antiguo volcán del que derivó la conformación de la necrópolis, teoría hoy desechada ante la evidencia de estar asentada sobre un depósito de avalancha. Destaca pues el cementerio, no solo por esta coloración sino por hallarse en medio de dos oasis de palmeras de verde intenso que realzan el rojizo de las piedras, sobre todo cuando la luz del sol del atardecer incide sobre ellas creando un espectáculo de color en torno a la hora del crepúsculo vespertino.

Muralla de Arteara



Oasis de Arteara



Este inequívoco material fonolítico, sometido a un gran proceso de exfoliación por la insolación intensa del día y las diferencias de temperatura respecto a la noche, se utilizó con carácter extensivo en la fabricación de todas las estructuras que integran el cementerio y que han definido construcciones de diferentes naturalezas, como por ejemplo *la muralla* que delimita la superficie del yacimiento.

Esta muralla (a veces artificial, a veces natural) se ve interrumpida solo en aquellos lugares donde la geografía del terreno hace innecesaria su construcción. De un metro de altura y un grosor de 0'80 cm, rodea casi por completo el cementerio, obedeciendo su estructura a las exigencias de un sistema de protección, orientado a eliminar toda posibilidad de intrusión, de posibles profanaciones y que aporta al núcleo el carácter de recogimiento necesario en un yacimiento funerario. En su interior los túmulos o depósitos funerarios de los antiguos canarios prehistóricos, los de los trasladados forzosamente desde Fuerteventura o La Gomera, los de quienes de manera oculta fueron enterrados durante los siglos

XVII, XVIII y XIX, hasta que se creó el cementerio de Fataga y, por último, los de los marineros fallecidos en la costa sin religión conocida y que, en los albores del siglo XX, los religiosos de turno decidieron enterrar en este ámbito por ser tierra de *ateos*, aunque, ¿realmente los aborígenes no creían en dios?, ¿o era la prepotencia de los católicos la que consideró que sus dioses eran fáciles de mimetizar con las vírgenes aparecidas casualmente... en un pino, en una cueva...? Pero eso sí, convirtiendo en patronas de la nueva iglesia a mujeres, pues era más sencillo acercarse al aborigen para imponerle su religión a través del papel preponderante que la mujer tenía en aquellos momentos.

Destaca en la zona Este un desarrollo anormal de esta estructura, pues aquí se conforman grandes bloques fonolíticos, separados unos de otros por una sucesión de espacios abiertos que, con posterioridad, fueron eliminados por la construcción artificial de muros, rodeando así la zona de menor elevación del terreno. Tras estas grandes rocas, los límites del cementerio se ven totalmente enmarcados por un corte



La Necrópolis, desde Amurga

Tras estas grandes rocas, los límites del cementerio se ven totalmente enmarcados por un corte

vertical de hasta 15 m de altura que llega hasta el mismo lecho del barranco, impidiendo así el acceso directo al núcleo aborigen. Los cien metros de largo de esta muralla acaban en la fuerte pendiente que conduce a los Aserraderos.

Por otro lado, son varias las vías que circulan dentro del yacimiento, siendo la principal la que sirve de entrada en el sector NE, justo hasta el punto donde llegaba una estrecha pero larga vereda que recorría todo el vecindario, por la que circularon los vecinos hasta aproximadamente 1985. Pues bien, fue en tal fecha cuando, ante las elecciones municipales, se le ofreció a la población a cambio de sus votos la construcción de una carretera que facilitara la llegada de todo aquello que hasta el momento había sido trasladado a lomos de burro. Fue una auténtica barbarie: se empleó dinamita y aquella vereda enlosada que los vecinos realizaron cuando en un momento de crisis tuvo a bien el párroco de las Tirajanas bajar la virgen hasta Arteara, aquellos plantíos que la delimitaban volaron por los aires. Apareció la primera herida moderna de la Necrópolis, la primera herida política de la nueva democracia, todo por los votos de un grupo de personas maravillosas que se merecían otra actuación por parte de los que se han considerado siempre más inteligentes cuanto no más sabios.

Pues bien, estos caminos interiores recorren, a través de sus 600 m, prácticamente todo el conjunto arqueológico, circunvalaci-nándola hasta el oeste, construida con la misma fonolita que define el suelo en un intento de allanar de alguna manera algunas áreas más



Enlosado de entrada
a la Necrópolis

fáciles de recorrer, hecho harto difícil si pensamos que algunos de los bloques pueden tener hasta tres y cinco metros de diámetro. Se conecta con la antigua morada donde *Chano Vera* vivía, a través de una estrecha vereda de ocho metros de extensión.

La tradición y las necesidades permitieron la construcción de *goros*, estructuras que algunos investigadores citan para este yacimiento y a las que atribuyen una finalidad ligada a la preparación del cadáver antes de su definitiva sepultura. Por lo general, son construcciones levantadas en piedra seca y de planta irregular que pueden responder a estructuras de similares características a las halladas en el yacimiento, frágiles y toscas, sin el cuidado que las casas o los túmulos demuestran ante una mera observación. Si en algún momento existieron como tales estos goros, probablemente hayan quedado imbuidos dentro de la misma casa de nuestro amigo Chano Vera (hoy pequeño recinto del centro de interpretación) o de cualquier otra de las viviendas que definen el cementerio y que se sitúan en su margen inicial.

Y así llegamos al punto central de nuestro centro de atención: los enterramientos, los túmulos donde los aborígenes canarios depositaron no solo cuerpos, sino también tristezas, lamentos y, por qué no, creencias.

Túmulos 551- 552

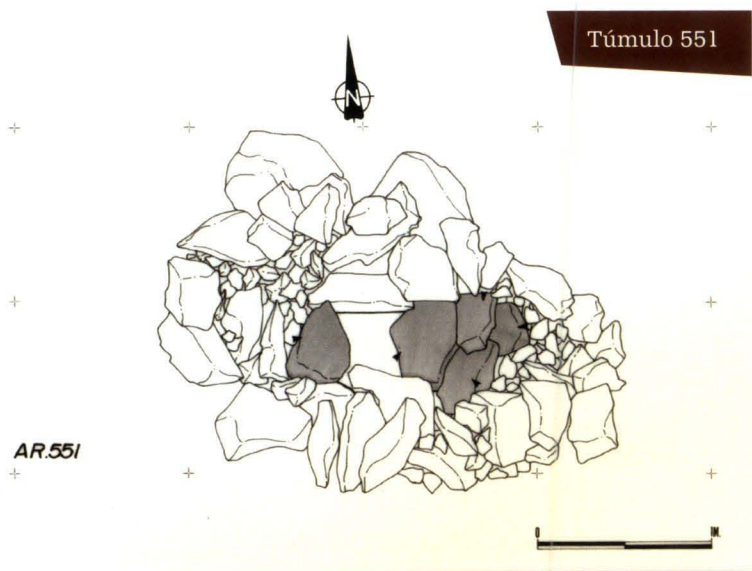


AR551-552

Para adentrarnos en la historia de la **Necrópolis de Arteara**, es necesario exponer algunas consideraciones sobre la importancia que el aspecto funerario ha tenido en los análisis sobre la prehistoria de Canarias, consideraciones que tienen una primera base en la importancia que el medio ha ejercido siempre en la configuración de los conjuntos arqueológicos. El carácter volcánico del archipiélago hizo que las islas se vieran surcadas por profundos barrancos que, dada su especial geología, ofrecieron en sus márgenes y riscos amplias cuevas aptas no solo para ser habitadas, sino también para ser utilizadas como recintos funerarios.

En el barranco de Fataga conocemos la existencia de tres o cuatro conjuntos, de cinco o seis cuevas cada uno, que albergaron restos envueltos en tejidos de palma y junco, posteriormente expoliadas por su fácil disposición en veredas y caminos de no muy difícil acceso.

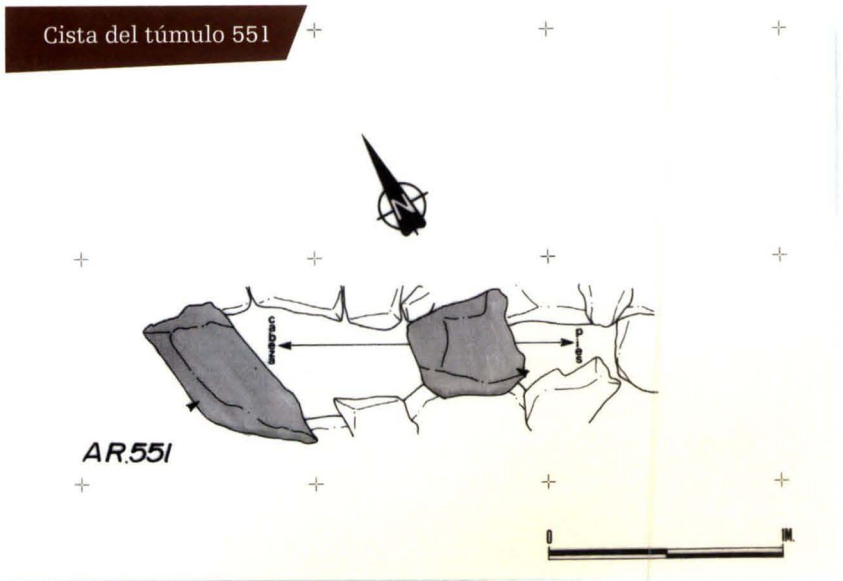
Sin embargo, en Gran Canaria coexisten con estos enterramientos naturales unas edificaciones artificiales, túmulos en piedra seca que, frecuentemente, según señalan las crónicas y la documentación arqueológica recopilada, fueron ubicados en lugares pedregosos de diferente naturaleza.



Formados por un monumento sepulcral de variada morfología, se levanta sobre un recinto funerario conocido comúnmente con el nombre de *cista*. Este recinto se define por la presencia de una serie de piedras cortadas por los fenómenos naturales que, hincadas verticalmente en el terreno, forman un receptáculo cuasi rectangular, más estrecho por su base que por su cabeza. Se da el caso de ejemplares fabricados con muros de mampostería mediante la superposición de hileras horizontales de piedras.

El inventario exhaustivo de las construcciones tumulares abiertas por actos vandálicos ha permitido analizar un total de doscientas cuarenta y cinco cistas, en las que hemos observado que el sistema de cobertura es uno de los aspectos peor conservados. No obstante, algunas sepulturas mantienen parte de la misma, lo que nos ha permitido concluir que fue fabricada con piedras o bloques toscos e irregulares que apenas presentan indicios de transformación, dispuestos de forma transversal respecto al eje del depósito y en cuyas paredes laterales se apoyan a veces con gran dificultad.

El piso o fondo de estas cajas pétreas corresponde a pavimento o superficie preparada de manera muy rudimentaria, buscando



un mero aislamiento del cadáver del suelo natural. Se trata de un piso formado por cascajo o pequeñas piedras que, en ocasiones, imprimen al piso una irregularidad que ha motivado que algunos cadáveres fueran depositados con contorsiones adaptadas a los salientes del terreno.

Las sepulturas de Arteara presentan un tipo geométrico de gran simplicidad que gira en torno al tronco de cono. Su base rodea completamente el perímetro de la cista, en torno a la cual se disponen, desde el suelo, una serie de aros ovoides que se superponen en diversas hileras y que van reduciendo su diámetro hasta determinar la figura de tronco de cono o de tendencia hacia esta forma.

Las oquedades internas determinadas por este sistema constructivo se rellenaron posteriormente con piedras de unos treinta centímetros de diámetro, mezcladas con otras de menor tamaño, de unos ocho a diez centímetros de espesor, que descansan directamente sobre las losas de cierre de las cistas. Todo este relleno se presenta en la actualidad cubierto de una fina capa de polvo grisáceo-amarillento transportado hasta el lugar por el viento.

En base a este sistema de construcción se elaboró una superestructura que se halla hoy gravemente alterada por la acción humana, toda vez que seiscientos veinticinco túmulos se pudieron contabilizar con parte de su construcción semiderruida. Ello significa que, aun manteniendo su primitivo alzado, muestra uno de sus laterales horadados por una oquedad que se alarga, en la mayoría de los casos, hasta la cista, impidiendo así en todos ellos la posibi-

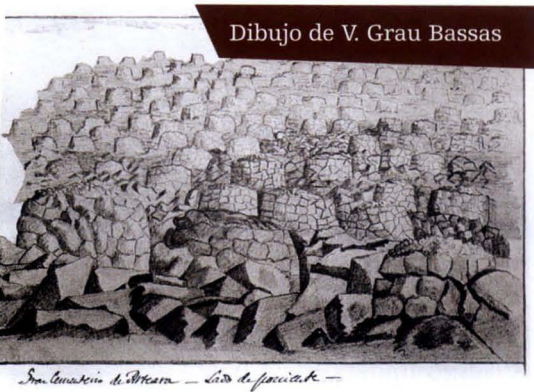


lidad de un estudio profundo de los rituales funerarios practicados (presencia de ajuar, orientación, posición de los cadáveres, etc.).

Estos simples enterramientos son de tal interés, que han sido objeto de diversos estudios por investigadores que dedicaron especial atención al enterramiento aborigen, sobre todo a las manifestaciones de base tubular, cuya característica principal era la presencia de un montículo de piedra que, a manera de superestructura y de forma un tanto irregular, cubría la cista o infraestructura donde iba depositado el cadáver. Este tipo tan sencillo de inhumación, sin socavar el área geográfica en el que se hallaba enclavado y edificado sobre el mismo terreno pedregoso o de malpaís, fue definido sin aplicarle un concepto exacto que englobase en sí mismo las características representativas de su construcción.

Los cronistas denominaban a estos enterramientos *torrejoncillos*, realizados en piedra seca y formados por una cista cubierta por un montículo de piedras. Se ubicaban en zonas de malpaís manteniendo su orientación hacia el norte. Mientras unos insisten en que en estos lugares era inhumada la clase noble canaria, otros prefieren situar, quizás por la sencillez constructiva de estos edificios, a la gente menos favorecida.

La documentación aportada por los cronistas fue utilizada por la *investigación pseudoarqueológica*, efectuada a partir de la última década del siglo XIX. Los conocimientos relativos al tema se reducen en la mayoría de los casos a la descripción de las partes constitutivas de los túmulos más simples del mundo cultural aborigen: una cista de lajas hincadas verticalmente delimitando un área



Dibujo de V. Grau Bassas

San Amador de Ortega - Lda de J. Grau Bassas

de inhumación y un amontonamiento de piedras coronando la superestructura de estos túmulos, localizada en zonas pedregosas o de malpaís.

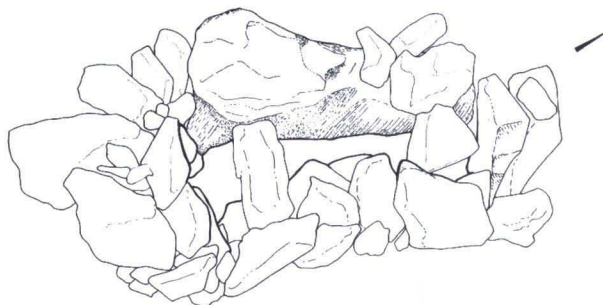
Según Sabino Berthelot los túmulos presentan una orientación hacia el norte, mientras que René Verneau opina que no la mantienen fija. Agustín Millares Torres, sintetizando cómodamente lo expuesto por los diferentes investigadores, considera arbitraria la orientación de estas sepulturas. Así como que estos túmulos estaban dedicados a la clase humilde, opinión que en el presente siglo fue ampliada por Ilse Schwidetzky, que piensa que eran lugares donde se albergaba tanto a una clase como a otra.

Nuestro trabajo aporta conclusiones de una doble naturaleza: de un lado los datos referentes a la orientación de los cadáveres obtenidos en las campañas de excavación que allí hemos llevado a cabo. De otro, la orientación de los ejes direccionales de los túmulos catalogados, toda vez que en ellos es imposible dilucidar la posición que ocupó el cadáver en los abiertos (hoy desaparecidos) y el que ocupa en los cerrados.

Para el primero de estos aspectos, anotamos que los cadáveres no guardan una orientación fija, aunque predomina la tendencia hacia el norte en algunos casos. Respecto al segundo, tras ser exhaustivamente analizados, demostraron tener los siguientes porcentajes:

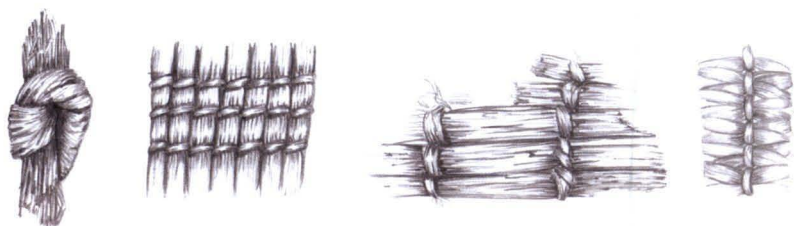
Eje norte/sur:	34,8%	Eje noreste/suroeste:	25,5%
Eje noroeste/sureste:	22,7%	Eje este/oeste:	16,9%

Cista nº 639



Un punto en el que nos interesó indagar desde el principio fue el de la posible reconstrucción del ritual funerario utilizado en Arteara. Tras un análisis detenido de la documentación arqueológica, no hemos podido obtener resultados positivos acerca del conocimiento de estas prácticas a causa del mal estado de conservación de los restos antropológicos que, por lo general, aparecen alterados como consecuencia de la dureza del clima, las amplias variaciones de temperatura y las profanaciones de que han sido objeto.

Solo es notable la aparición de tejido vegetal bajo los escasos restos, lo que pudo constituir en su día una mortaja que, según el guardián del yacimiento, nuestro querido Chano Vera, estaba realizada en palma y junco. Siguiendo sus indicaciones orales, conocemos el hecho de que se han extraído restos portadores de un chaleco hasta la cintura y un faldellín hasta la rodilla, circunstancias que, de ser ciertas, ilustran tanto la costumbre de sepultar vestidos a los difuntos, como la modalidad material de confección de estas vestimentas, coincidiendo plenamente con las descripciones que sobre ello realizan las crónicas de la conquista.



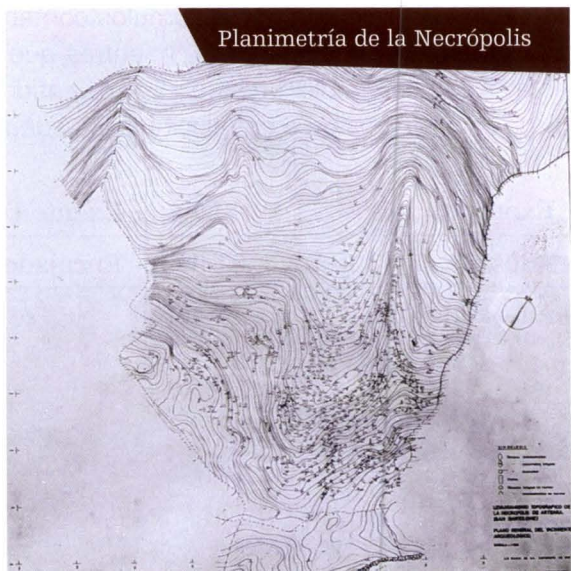
Por otro lado, hemos constatado que la dispersión espacial de los túmulos constituye un aspecto que hemos barajado a la hora de establecer posibles relaciones entre las características del terreno y las variaciones arquitectónicas que experimentan estas estructuras. También hemos querido anotar cuál fue la modalidad

expansiva que se siguió en el paulatino acrecentamiento del cementerio en la medida que se construían nuevas tumbas y, con ello, su posible cronología relativa.

Teniendo en cuenta la interacción evidente que existe entre morfología tumular y medio geológico, puesto que la necrópolis se halla asentada en un suelo extremadamente irregular en el que se combinan montículos, vaguadas y laderas, localizamos la existencia de tres núcleos fundamentales:

- El principal y el más numeroso se dispone en una cresta o saliente del terreno situado casi en el centro del yacimiento, aunque un poco desplazado hacia la base planimétrica del cementerio, zona que se alarga desde el este hacia el oeste, lugar en el que los túmulos comienzan su dispersión.
- Un segundo grupo, interesante por la aglomeración y superposición de estructuras tumulares, se sitúa al norte/noreste, es decir, en una vaguada que en forma de V recorre el yacimiento en este sector, área en la que durante el verano es muy difícil permanecer, ya que se convierte en un horno en el que no circula ni una gota de aire.
- El resto de los edificios funerarios se dispersa sin constituir conjuntos, aprovechando de modo extensivo las laderas o declives.

Dada la magnitud de datos que analizamos, creamos para todas estas estructuras una tipología que nos permitiera reunirlos en una clasificación exhaustiva, de ma-



nera que pudiéramos ordenarlos y catalogarlos. Los datos seleccionados son aquellos que por su frecuencia han incidido de manera especial tanto en la morfología de las sepulturas como en la necrópolis en general. En este sentido, hemos aplicado la nomenclatura de las formas geométricas a la adaptación de los enterramientos en el yacimiento, describiendo así el alzado y la planta, llevando todos estos datos a unas fichas de campo que nos han permitido entresacar aquellos elementos constitutivos y constantes en los túmulos, mediante los cuales establecimos unos *tipos* de los que derivaron sucesivamente *subtipos*, *variantes* y *subvariantes*, de acuerdo con la importancia que cada uno de estos aspectos jugaba en el conjunto en el que se integraban.

De esta manera, obtuvimos los siguientes datos:

Troncocónico	75,6%	Rectangular	7,8%
Encajado	4,8%	Mixto	3,5%
Cónico	0,5%	Trapezoidal	0,3%
Casquete Esférico	4,8%	Cilíndrico	2,1%
Irregular	0,3%		

De los ochocientos nueve túmulos contabilizados, solo el 74% nos ofrece una tipología clara, mientras que en el 26% restante esta no es observable. En este mismo sentido puede establecerse dicha escala de valores en relación a los *subtipos*:

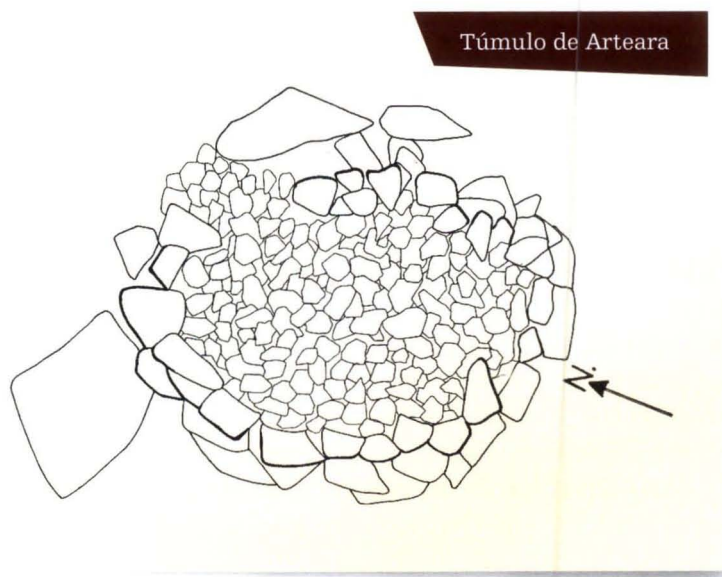
Exento simple	49,7%	Exento compuesto	9,2%
Adosado compuesto	31,9%	Encajado	4,8%
Adosado simple	4,4%		

La misma escala es válida para observar las *variantes*:

Planta oval	61,2%	Planta rectangular	7,1%
Planta circular	12,6%	Planta semicircular	4,0 %
Planta mixta	11,5%	Planta cuadrangular	2,0 %
Planta de arcos	0,8%	Planta triangular	0,3%
Planta irregular	0,1%		

Con igual escala de valores analizamos las *subvariantes*:

Adosamiento a roca	39'0%	Adosamiento doble	21'1%
Adosamiento a túmulo	36'4%	Adosamiento a R.D.	1'8%
Adosamiento a T.D.	0'9%		



En conjunto, y tras la exposición de estos datos, confirmamos lógicamente el amplio dominio del túmulo troncocónico exento, de planta oval de 2,42 m de largo, 1,52 m de ancho y 0,98 m de alto, que se adosa en algunos casos a una de las rocas fonolíticas que definen la necrópolis, eligiendo como lugares más propicios de ubicación las zonas de cresterío y presentando una orientación Norte–Sur (Sur–Norte) en un 35 % de los casos.

El estado de conservación de los túmulos tras la realización del levantamiento topográfico fue el siguiente: ciento cuarenta y ocho permanecían intactos, quinientos presentaban parte de su estructura en pie, cuarenta y ocho solo conservaban la cista y setenta y siete túmulos se hallaban completamente arrasados. Diez años más tarde, revisamos este estado de cosas y nos dimos cuenta de que, alarmantemente, había descendido el número de enterramientos intactos, con lo cual el proceso se mueve a gran velocidad. El yacimiento más grande de la Comunidad Canaria, y el más espectacular de la cultura aborígen, heredera del rico mundo bereber, podrá seguir siendo patrimonio de nuestra identidad canaria y de nuestro devenir como pueblo mestizo y multirracial, paralizando su deterioro y salvaguardando los túmulos íntegros que restan en la **Necrópolis de Arteara** a fin de que sean motivo de estudio con otros métodos más modernos que aquéllos que nosotros empleamos.

Antropología

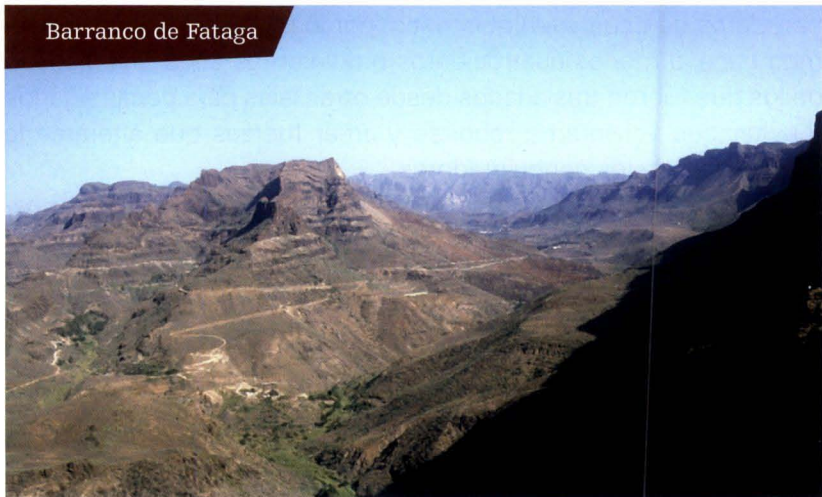
Si usáramos el Google Earth, tendríamos que ir dándole al cursor para irnos acercando hasta los elementos que menor tamaño o incidencia parecen tener en este enclave. Si conseguimos que nuestros ojos traspasen esas losas que conforman la estructura de los enterramientos, podremos ver todo un nuevo mundo en el que descubriremos quién ha sido el creador, el gestor, el arquitecto; en

definitiva, quién ha sido el hacedor de todo el bagaje cultural objeto de nuestro estudio durante los últimos treinta años.

Llegar aquí ha merecido la pena, dar a conocer todos estos datos es la base sobre la que se sustenta toda investigación que tiene como fin primordial transmitir los valores de un pueblo que ya fue, que ha sido y, por qué no, que está siendo. Los habitantes del barranco tienen todo el derecho a conocer aquello que han estado defendiendo desde hace mucho tiempo, aquello con lo que han estado conviviendo desde hace más de dos mil años. Son claros herederos de ese devenir histórico, por lo menos del devenir ocurrido hace al menos cuatrocientos o quinientos años, ese pasado de los que fueron trasladados desde otras islas para desarraigarlos y evitar que volvieran a reunirse y crear fuerzas que alterarían la *tranquilidad* de los conquistadores.

Así pues, solo nos queda presentarlos, darlos a conocer, saber cómo eran físicamente, cómo fueron descubiertos, dónde... Por qué justo en el Barranco de Fataga ha quedado ya claro: este barranco lo tiene todo, incluida una belleza espectacular que, si la retrotraemos al siglo XV, con su bosque de pinos y sabinas, con sus frutos silvestres, con sus cursos continuos de agua, con sus tierras preparadas para ser recogida la cosecha, con sus casas de piedra seca, con sus niños llorando, gritando o riendo; con sus sonidos, con sus olores a gofio tostado, con sus animales pastando o simplemente retozando en el mediodía cálido pero húmedo, con sus llantos despidiendo a los seres queridos cuando una vida acababa, con sus rezos y peticiones a los dioses de esas alturas que todo lo vigilaban, con sus mujeres fabricando recipientes de barro, o pintando, o grabando en la piedra surcos y más surcos, o dibujando en la tierra juegos diversos, o saltando los riscales, o poniéndose a prueba lanzándose piedras hasta ser lo suficientemente ágiles como para esquivarlas, o peleando porque alguien ha tomado prestada una cabra, un trozo de tejido, o ha invadido un territorio que no le pertenece, o...

Tantas y tantas cosas... que podríamos pensar que somos nosotros mismos los que estamos viviendo en ese momento y en ese espacio, porque al fin y al cabo, el ser humano, en sus necesidades básicas no ha cambiado ni cambiará jamás. Podremos mejorar o empeorar nuestro comportamiento, y nuestro desarrollo puede llevarnos por distintos caminos, pero en realidad lo que sustenta la vida, lo más esencial, lo llevamos todos dentro y actuamos sobre este planeta como un solo ser vivo.



Pero cuando ellos y ellas lo hicieron aún existía la distancia, el *aislamiento*. La actuación sobre el medio era puntual, escasa y racional. Y por eso sus costumbres se hicieron centenarias, se perpetuaron como una forma de vivir y de acomodarse al nicho en el que se desarrollaron. Pues bien, a partir de ahora intentemos imaginarlos como seres de carne y hueso, con sus necesidades y con una serie de respuestas a esas necesidades.

Para lograr recuperar su apariencia física realizamos una serie de excavaciones a fin de obtener restos antropológicos suscep-

tibles de aportar los datos necesarios para reconstruir su fisonomía, para intentar dilucidar posibles rituales que nos hablaran de creencias en el más allá y, cómo no, para poder obtener restos que nos aportaran los datos correspondientes a una cronología absoluta.

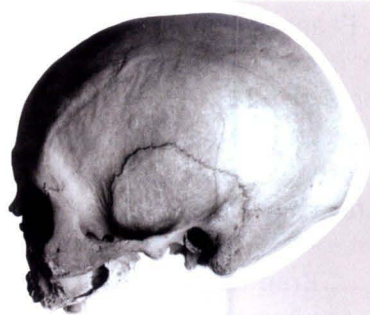
En el archipiélago canario se asentaron dos grupos humanos portadores de características que les eran propias y que se mezclaron entre sí hasta constituir una sociedad en la que es prácticamente imposible discernir qué elementos culturales aportaron unos y otros y cuáles imperaron sobre las costumbres existentes.

Sabino Berthelot señalaba desde su siglo que:

Se podía deducir del examen comparativo de los cráneos de los esqueletos que han resistido en estos climas la acción del tiempo, tanto en las cuevas como en los túmulos, que los caracteres diferenciales son bastante vagos, a causa de las modificaciones que el tipo bereber ha debido sufrir a costa de las alianzas que tuvieron lugar en las uniones entre tribus.

Todos los que arribaron a las islas procedían del norte del vecino continente africano, pero exactamente no sabemos cuándo llegaron, barajándose algunas fechas con lógica que tienen como base la historia africana. Estos hombres y mujeres parecían tener rasgos cromagnoides los unos y mediterraneos los otros, ambos elementos impuros mezclados con factores procedentes de diversas regiones por la que había sucedido su devenir como pueblo.

Cráneo del túmulo 638



Para J. de Abreu y Galindo *eran los naturales de buena statura más que mediana, bien dispuestos de sus miembros i ligeros en gran manera...*

A. Sedeño los describe como *de buena estatura y disposición*. Sabino Berthelot habla de *hombres de una talla más que mediana y de una fuerte constitución*. Incluye la descripción de un cráneo estudiado por Mr. Flourens, secretario de la Academia de las Ciencias:

...Ofrece un hermoso óvalo, cuya parte posterior es mucho más voluminosa que la anterior; este cráneo se hace notable además por su altura, por la forma redondeada de su bóveda, por la ausencia completa de ángulos y de salientes, por relieves simétricos y suaves; la frente domina las partes inferiores, las fosas temporales están poco excavadas; el agujero auditivo se acerca a la parte posterior de la cabeza o del occiput, el agujero occipital es ovoideo como el cráneo, la cara está ligeramente redondeada, oval; las fosas nasales, la bóveda palatina, tienen poca extensión. Los dientes son verticales.

Este tipo, cuyos principales caracteres acabamos de trazar, se encuentra en la mayoría de los cráneos de los esqueletos encerrados en los túmulos de Gran Canaria.

El antropólogo francés René Verneau señala para los depósitos del cementerio de la Isleta los siguientes datos, expuestos aquí por la afinidad constructiva de los túmulos, iguales en ambos casos (confundiendo un concepto cultural cual es el de bereber con todo un complejo de antropología física, confusión comprensible para la época):

...Eran de talla media, que varía entre 1,63 y 1,68 para los hombres, siendo la media de 1,65. Las mujeres 1,55

ó 1,56. Los músculos no ofrecen el mismo vigor que el grupo guanche. Cabeza armónica con curvas regulares, frente bien desarrollada, cráneo voluminoso. (...) Yo pienso que los individuos de La Isleta venían del norte de África y que pueden pertenecer a la raza berbere...

E. Hooton, en 1925, establecía la existencia de varias culturas: arcaica, guanche, mediterránea, gomera y elementos intrusivos, creyendo que en esta isla había un predominio de elementos de la arcaica y de la mediterránea.

La primera oleada pertenece a dolicocefalos, mesorrinos, bajos, morenos, de raza mediterránea, con cierta mezcla negroide. La segunda invasión de las islas (...) eran bajitos, cabezas como panes, cara corta y ancha y narices anchas. Blancos, morenos, con características mongoloides (traen la cerámica y el cultivo de la cebada). Los nórdicos de las islas canarias, mezclados con braquicefalos de cara ancha, crean un tipo híbrido con cabeza larga y cara ancha, a menudo de buena estatura o de color claro y complejión media con pelo marrón, rojo o rubio. Es el llamado tipo cromagnon (...) la cultura guanche es el resultado de la fusión de estos varios stocks.

La cuarta invasión (...) es el sustrato que ha sido llamado Mediterráneo. Físicamente consiste probablemente, en su mayor parte, de dolicocefalos, leptorrino, morenos de tipo Mediterráneo que Verneau identificó como semítico (traen la cerámica en color, sellos y el trigo).

Bosch Millares establece tres tipos raciales para las islas: el cromagnon, el semita y el negroide. Los constructores de túmulos los sitúa dentro del mundo semita:

...De cráneo dolicocefalo y bien desarrollado en el sentido vertical, la frente derecha, poco elevada; la cara alta y en forma de óvalo regular, con los ojos en forma de sobremontado, de cejas espesas, bien dibujadas, pero con párpados bien pronunciados, nariz deprimida y estrecha en su nacimiento; saliente, un poco grande en su raíz, y aquilina, labios carnosos y el mentón redondeado y ligeramente prominente. Su cara, de frente, es estrecha y alargada, sus arcos superciliares poco salientes, las órbitas altas, la nariz mediana y la mandíbula con mentón triangular, estrecho y saliente.

Cráneo del
túmulo 638



La doctora alemana Ilse Schwidetzky centró sus estudios en el análisis de restos inhumados en los túmulos, clasificándolos directamente dentro del grupo mediterráneo:

Los cráneos de los túmulos llaman la atención: por su gran altura robusta, por su nariz prominente, prognatismo que sobrepasa escasamente el promedio. Las mujeres de los túmulos muestran ángulos del maxilar inferior menos anchos que la gente de las cuevas (...). El índice de robustez del fémur está en la gente tipo túmulo, en los dos sexos, por encima de la población de las cuevas; en el caso de la tibia y el húmero es al revés, ya que la gente de los túmulos muestra las extremidades más finas (...). En Gran Canaria, los grupos de grandes túmulos se acercan, las más de las veces, al polo mediterráneo.

Sus conclusiones fueron el origen de una mala interpretación acerca de los grupos que poblaron las islas y sus relaciones con las capas sociales que cada una de ellas ocupaba, y así, aduce que los restos humanos procedentes de los túmulos se distinguen de los de las cuevas por:

...Primero por las características generales de las capas socialmente superiores –medidas corporales mayores, constitución leptosoma sobre todo, con caras altas y estrechas– y, en segundo lugar, por características especiales, como cráneo algo acentuado y rumbo sencillo de la sutura digital, analogías que se encontraron en Gáldar y Arguineguín, es decir, en los extremos opuestos de la isla. Estos resultados antropológicos se refieren a un grupo consanguíneo limitado, socialmente notable; se había supuesto que correspondía a la capa dominante de los guayres mencionados en las fuentes históricas, y en esta capa, superior desde el punto de vista social, se remonta a una superposición étnica, que conservó más adelante su carácter antropológico también por tamización.

Los estudios de la M^a Dolores Garralda contraponen las ideas sociales expuestas por I. Schwidetzky, señalando que el primitivo poblador de las islas se hallaba tan mezclado en el momento de la conquista, que es imposible discernir qué bagaje aportó cada uno al propio devenir de las islas. Considera que las especies humanas son agrupamientos naturales de hombres y mujeres que presentan un conjunto de caracteres físicos hereditarios comunes, sean cuales sean sus lenguas, costumbres o nacionalidades. Por su parte, el concepto de etnia tiene otro significado distinto que no debe confundirse con el anterior, puesto que se trata ahora de seres humanos que tienen unas mismas costum-

bres, una misma religión, una misma lengua. Respecto al término bereber, añade:

Corresponde a un grupo de pueblos de caracteres culturales comunes que, a la llegada de Roma al continente africano, era la población que existía en el Magreb y Libia.

Y concluye que Gran Canaria muestra un aporte mediterráneo muy intenso, sobre todo perceptible en las poblaciones que indudablemente llegaron más tarde, como desde luego tiene que ser la que inhumaba en los túmulos, tanto en los de Gáldar como en los de Arguineguín, como los de La Isleta, mediterránea prácticamente al cien por cien.

Pero ¿y el hombre y la mujer de Arteara? Llegamos a uno de los puntos más trascendente de toda investigación, aquél en el que hemos de preguntarnos quién ocupó este yacimiento y cuándo, porque son, al fin y al cabo, estos dos interrogantes los que constituyen el foco mayor de atracción de la población actual, tanto de investigadores, como del público en general, sea turista, alumnado o mero visitante. Es cuestión de ¿con quién me identifico?, ¿se parece a mí?, ¿era como yo?, ¿vivió tanto?, ¿a qué edad murió?, ¿reía?, ¿lloraba?, ¿qué comía?, ¿en qué trabajaba?, y por qué no, comentarios tan irónicamente actuales como los escuchados en algunos momentos de las visitas guiadas: ¿Cuánto les costaría ser enterrados en un lugar tan especial como este? o ¡Esta gente no pagó hipoteca nunca!, ¡ya tuvieron que vivir bien!

Pues bien, los cráneos de la **Necrópolis de Arteara** depositados en El Museo Canario son todos, según los análisis de la Dra. M^a Dolores Garralda, ejemplares de grandes dimensiones y algo robustos. El estudio métrico y morfoscópico de los mismos presenta a unos individuos de cráneos largos y de mediana anchura, con bóveda de altura mediana, caras alargadas y no muy anchas

y órbitas altas, casi cuadrangulares; la nariz presenta mayor variabilidad, aunque predominan las narices anchas. Todos ellos resultan ortognatos, aunque algunos presentan un ligero prognatismo alveolar.

Desde el punto de vista de la Paleopatología, podemos señalar el mal estado de la dentición de estos individuos, con procesos de expulsión de piezas dentarias, más o menos avanzados; son frecuentes los casos de reabsorción alveolar, muy avanzada en uno de los ejemplares, que perdió toda su dentadura en vida. Así mismo, dos de ellos presentan artritis máxilo-temporal.

Estos individuos pertenecen todos al tipo mediterráneo, pero la investigadora no excluye la posible presencia de tipología cromagnóide. Podríamos pensar en individuos de una talla aproximada de 1,65 m de alto, caras alargadas y narices un poco estrechas.

Respecto a las excavaciones iniciales, practicadas sobre una serie de túmulos troncocónicos donde, dada su estructura en piedra, se colaba la lluvia, el viento, el polvo arrastrado desde el vecino continente africano, se hallaron los cadáveres en un pésimo estado de conservación, pudiéndose tan solo determinar el sexo y el grupo de edad: un adulto joven masculino, un adulto masculino, un adulto femenino y un niño menor de un año de edad.

Cronología

Respecto al *cuándo*, hemos de señalar que al estudio de los conocimientos aportados por diferentes y diversos investigadores con referencia a la cronología de los túmulos de Gran Canaria y específicamente de Arteara, que obedecen a hipótesis planteadas sobre

una cronología relativa, hemos opuesto las dataciones obtenidas por el método del radio carbono.

Para J. Pérez de Barradas, los elementos mediterráneos, portadores de los túmulos, desarrollaron el inicio de su actividad en torno al siglo VIII y IX d.e. E. Hooton considera su origen en un momento en el que el *bronce* ya estaba en uso en el Mediterráneo. M. Fusté ubica su llegada a partir de las invasiones árabes del norte de África en el siglo VI d.e. Telesforo Bravo piensa que los túmulos no sirven para datar fechas antiguas dada su modernidad.

A la **Necrópolis de Arteara**, el profesor M. Santa Olalla le aporta un origen preislámico, concretamente después del siglo III de la era, mientras que para Sebastián Jiménez Sánchez perviven en Gran Canaria desde el eneolítico.

Los datos proporcionados inicialmente por el radio carbono para algunas estructuras oscilaron entre el año 60 d.e. y el 1082 d.e. El Dr. K. Kigoshi de la Universidad de Tokyo obtuvo los siguientes resultados para otra campaña: 30 a.e. y siglo XVIII d.e., fechas que nos permitieron señalar la existencia de población en el Barranco de Fataga desde el siglo I antes de la era.

Pero la **Necrópolis de Arteara** nos tenía reservada dos grandes sorpresas:

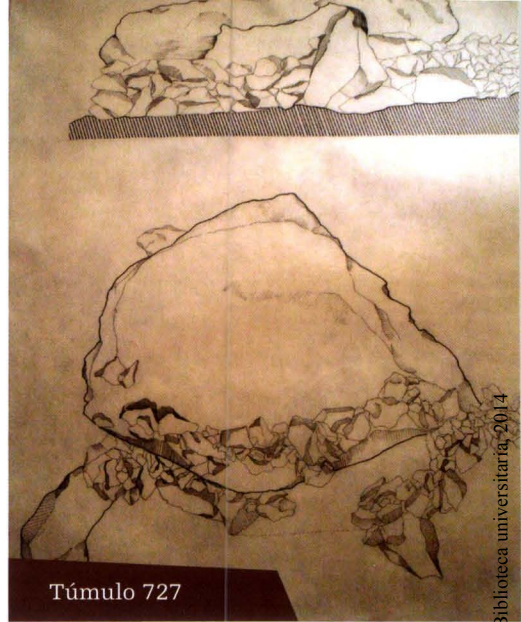
En primer lugar, la aparición de enterramientos colectivos en un cementerio considerado hasta 1985 como centro de depósitos exclusivamente individuales. La sorpresa fue mayúscula no solo por el hecho mencionado, sino porque por fin pudimos conseguir restos antropológicos completos, no desmenuzados o convertidos en cenizas como los correspondientes a los enterramientos excavados en las zonas de cresteríos y vaguadas, y, algo sorprendente, dataciones de C14 mucho más antiguas a las obtenidas para el yacimiento en particular y para Canarias en general.

La realización de la excavación arqueológica efectuada durante el mes de mayo del año 1985 sobre el túmulo designado, en

función a nuestra planificación topográfica, con el número 727, tuvo como base la tantas veces desgraciada injerencia de un aficionado que, al hacer una serie de fotografías, intentó reconstruir uno de los muros de la estructura, provocando un derrumbe que conllevó la aparición de unos restos humanos ante los cuales nuestro personaje no se pudo contener, desplazándolos de su lugar de origen y creando con ello un auténtico caos, lo cual llevó aparejada la destrucción de un cúmulo impresionante de información.

La excavación clandestina fue publicada de forma inconsciente, pero consciente de estar ofreciendo una gran noticia, en el rotativo *La Provincia*. En ella aseguraba haber descubierto *cuerpos completos de animales y personas momificados*, afirmando que llevaba investigando este centro desde hacía tres años, junto con su mujer, sin permiso alguno ni documentación que les avalara. Aseguraba que el yacimiento albergaba más de tres mil enterramientos, habiendo descubierto en el túmulo 727 (número que corresponde a nuestra planimetría), cuerpos momificados de dos perros, tres adultos (dos hombres y una mujer) y un niño. Así lo describe el artículo del citado periódico:

Las momificaciones estaban en perfecto estado, según afirma Dumpiérrez, que tiene en su casa varios cráneos y abundante material, como cabello humano, tejidos (hasta cuatro tipos distintos de tejidos ha encontrado en Arteara) e incluso un arma blanca, que estaba clavada en



Túmulo 727

el pecho de uno de los varones adultos encontrado en el túmulo 727.

Este investigador pretende obtener alguna ayuda oficial para realizar estas pruebas (se refiere al C14), pero no está dispuesto a ceder esos restos al Museo Canario porque, según asegura, esta institución tardaría más de un año en entregarle los resultados.

Tras haber leído esta curiosa pero desgraciada noticia, anotamos aspectos tan significativos como, por ejemplo, la aparición de *animales y personas momificadas*, como ya se mencionó: no solo no habíamos hallado restos humanos en tan buen estado de conservación, sino que tampoco habíamos previsto la aparición de momificación y, menos aún, de restos de fauna. La destrucción de una parte importante del túmulo nos impidió averiguar si esos perros se encontraban en el mismo nivel que los restos antropológicos o si, como ha sucedido otras veces en el yacimiento, fueron abandonados a su último destino amarrados a una o varias piedras.

Por otro lado, queremos destacar el hecho de que debemos hablar de *preparación del cadáver*, más que de momificación, pues de todos es sabido que en Canarias no existe tal fenómeno, al menos en el sentido estricto del término, sino más bien la aplicación de una serie de cuidados ejercidos sobre los cadáveres de los primitivos isleños, de los cuales nos hablan los cronistas. Nos sorprende, por otro lado, que encontrara *un cuchillo clavado en el pecho de uno de los cadáveres*. Creemos que este objeto fue hallado fuera del túmulo, como nos lo confirmó posteriormente Dumpiérrez.

Tras la correspondiente denuncia ante el Servicio de Patrimonio de la Consejería de Cultura del Gobierno de Canarias, este aficionado destructor depositó en El Museo Canario los materiales resultantes de su expolio, así como el folio nº 109 de su *diario de visitas*.

Se nos ponen los pelos de punta pensando en lo que habrá escrito en los 108 folios anteriores, correspondientes a otras tantas visitas o violaciones de yacimientos de Gran Canaria. Respecto al túmulo en cuestión, señala:

...Dos de los cuerpos que se encontraban en una capa más profunda se pudieron retirar sus cráneos y algunos huesos largos en buen estado, conjuntamente trozos de tejido que lo envolvían, también bastantes semillas, pequeños trozos de madera, y una gran cantidad de pinocha, la mayoría carbonizada.

Estos cuerpos no tenían orientación alguna y su posición era distinta entre ellos, cabe destacar los restos de un perro en muy mal estado, al igual que un pequeño tablón putrefacto debido a la humedad existente en la tierra. También se encontró un cuerpo pequeño presumiblemente de un niño, estando este destruido por piedras que ejercían presión.

Las semillas y pinochas recogidas se hallaban en la parte exterior de los tejidos, bajo el cuerpo y en sus alrededores, también retiramos una parte de cabellos que se hallaban en buen estado.

El túmulo 727 de nuestro estudio planimétrico se halla enclavado en la zona oeste del yacimiento, a 450 m sobre el nivel del mar. Tipológicamente obedece a un tipo de enterramiento definido por una estructura semiartificial, esto es, a una configuración externa en forma de cueva natural, originada por la erosión sobre una estructura fonolítica, a la que se opone una construcción artificial que taponaba la boca por la que fueron introducidos los cadáveres y que exteriormente, dado que este muro adquiere forma tumular, ofre-

ce una apariencia semejante al resto de los depósitos funerarios que definen este núcleo arqueológico.

La estructura interna del túmulo, en la que localizó cinco individuos y dos perros, era ovalada, conteniendo los cadáveres depositados de la siguiente manera, según sus palabras:

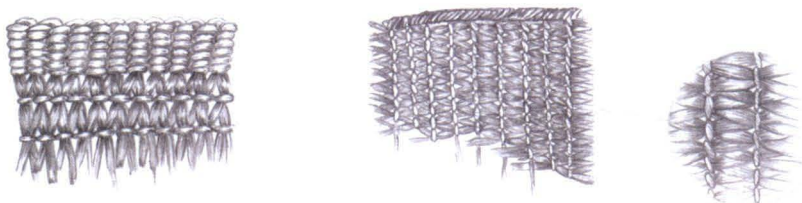
- Individuo nº 1: situado en la zona norte del túmulo, bajo tierra, a unos 10 o 20 cm de profundidad. Se hallaba completamente deshecho. Se podía observar la presencia de tejido pulverizado, sobre y por debajo del cadáver. De estos restos no tomó ninguna muestra.
- Individuo nº 2: al igual, y bajo unos 10 o 20 cm de profundidad, localizó un segundo depósito ubicado a la izquierda del anterior, con la cabeza situada en el lado opuesto, semi-inclinado y sobre un suelo allanado y nivelado. Su estado era semejante al anterior, prácticamente pulverizado y rodeado de bastante pinocha, alguna carbonizada, junto a pequeños restos de tejido vegetal.
- Individuo nº 3: se trata en este caso de un infante, cuya disposición sobre el terreno es semejante a la del primer individuo, esto es, con la cabeza situada hacia el oeste. Presentaba un estado deplorable, pues se hallaba, otra vez, completamente deshecho.
- Individuo nº 4: localizó esta vez un individuo bien conservado. Su depósito se realizó a mayor profundidad, unos 70 cm. Se presentaba envuelto en tejido, con abundantes semillas a su alrededor, también bajo el cadáver. Al igual, estaba acompañado por bastantes restos de pinocha. Su estado de conservación era mucho mejor que el de los anteriores individuos, por lo que pudo extraer el cráneo, insistiendo en que al cadáver le faltaban huesos del tórax.
- Individuo nº 5: este presentaba mejores condiciones. Su cráneo se hallaba ladeado hacia el sur y, nada más levantarlo, cayó al suelo una hermosa trenza, perfectamente enlazada

aún, que había estado adherida a la osamenta. Tomó también el cráneo como muestra, dejando el resto de la estructura ósea abandonada. También aparecía acompañado por tejido y semillas.

- Observó que a la izquierda de todos estos individuos pudo ver una acumulación de restos óseos que, según sus palabras, daba la sensación de haber sido reunidos allí con el fin de poderlos trasladar hacia algún lugar.
- Destacar la presencia de dos canes entre los individuos uno y dos, uno de ellos sobre un tablón de madera.

Cuando realizamos la excavación de urgencia, pudimos constatar en superficie la presencia de tejido en malas condiciones, restos de osamenta en pésimo estado de conservación, restos de madera, carbón en abundancia, fragmentos vegetales, flores secas y pequeñas tabonas de obsidiana.

Avanzando en el desarrollo de la investigación, pudimos hallar fragmentos de cerámica realizados sobre una pasta tosca y ennegrecidos por la acción del fuego, muestras vegetales como tejidos elaborados en junco, unos caracterizados por la presencia de una urdimbre formada por un solo tallo íntegro o majado, mientras que la trama siempre constaba de dos hilos de fibra torcidas; otros, porque la trama y la urdimbre estaban formados por tallos de *Holoschoenus vulgaris*, desecados y majados. El tejido así fabricado se había logrado haciendo pasar cada uno de los hilos de la trama en sentido opuesto, entre cada dos hilos de la urdimbre, de forma alterna en cada hilera, tanto para los tejidos longitudinales como para los radiales. Igualmente, recogimos muestras geológicas, como fragmentos de obsidiana, sin duda de la base vítrea de las ignimbritas, fragmentos angulares de fonolita alterada, toba rojiza; restos de osamentas y muestras de carbono 14 que ofrecieron resultados tan interesantes como el 240 a.e. o el 410 a.e.



Los estudios practicados sobre la flora resultante de la excavación fueron encomendados a Magdalena S. Jorge Blanco, investigadora del Jardín Botánico Viera y Clavijo. En dichos análisis se concluyó que

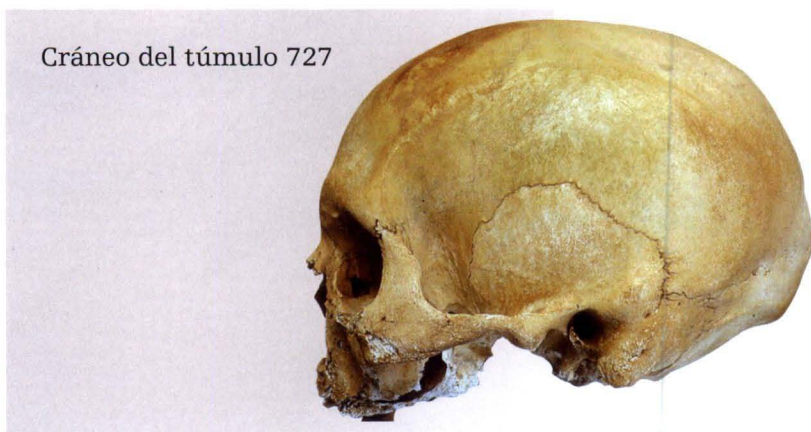
Los restos identificados del túmulo concuerdan con unas pocas especies de las encontradas actualmente; así, por ejemplo, se identificó gran cantidad de muestras de pinos, desde madera, pinocha, piñones, escamas de inflorescencia femenina, hasta una inflorescencia masculina. Además se han identificado restos de madera de sabelino.

En cuanto a la vegetación de matorral, estaría constituida por *Ruta oreojasme*, *Cistus manspeliensis* y *Teucrium heterophyllum*, aunque esta última no se ha localizado en los alrededores de la necrópolis, pero sí en barrancos contiguos. Por todo ello pensamos que la vegetación de la zona y sus proximidades estaría constituida por un pinar con sus elementos característicos acompañado de ciertas gramíneas, y habría también una mayor presencia de sabelinos.

Para la fabricación de tejidos se utilizaban fibras de junco machacado de cualquier especie que encontrara en la zona (*Scirpus holoschoenus* y *Juncus acutus*, probablemente).

Pero mayor sorpresa nos ocasionó el análisis realizado sobre los restos óseos por el Dr. Manuel García Sánchez y por la Dra. Silvia Jiménez Brobeil, del Laboratorio de Antropología de la Universidad de Granada.

En conjunto estudiaron dos cráneos completos y restos de otros cuatro; cuatro mandíbulas fragmentarias, sesenta y siete piezas dentarias, cinco esternones, numerosas costillas, ciento veinte vértebras, etc. Asimismo hay que sumar el esqueleto, parcialmente completo, de un niño de un año de edad. Con todo ello se determinó la presencia en el túmulo 727 de trece individuos: cinco varones adultos, cuatro mujeres adultas, dos adultos alofisos, un joven y un niño de un año.



Se estudian unos restos humanos procedentes del túmulo 727 de la necrópolis de Arteara pertenecientes a 13 individuos. El estado de conservación es deficiente, pero, no obstante, destacan dos cráneos completos, masculino y femenino, y algunos huesos largos. Estos últimos presentan cierta robustez y denotan talla alta en ambos sexos.

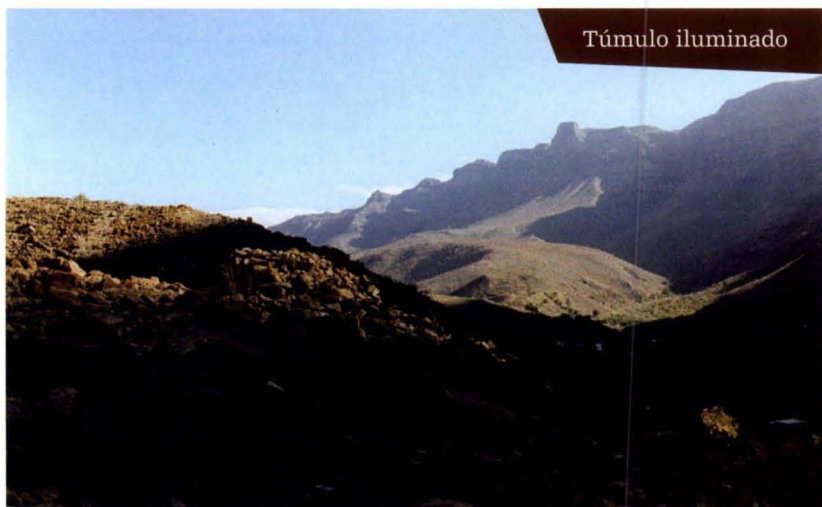
Los cráneos corresponden a la tipología mediterránea robusta y cromagnoide, respectivamente, tipos que son característicos de la población canaria prehispanica.

Posteriormente se realizaron otras excavaciones sobre túmulos colectivos a fin de comprobar todos los datos obtenidos en la citada excavación de urgencia. Así pues, no solo logramos recopilar datos muy interesantes sobre enterramientos como el 638, que aportó no solo restos óseos interesantísimos, sino también dataciones de C14.



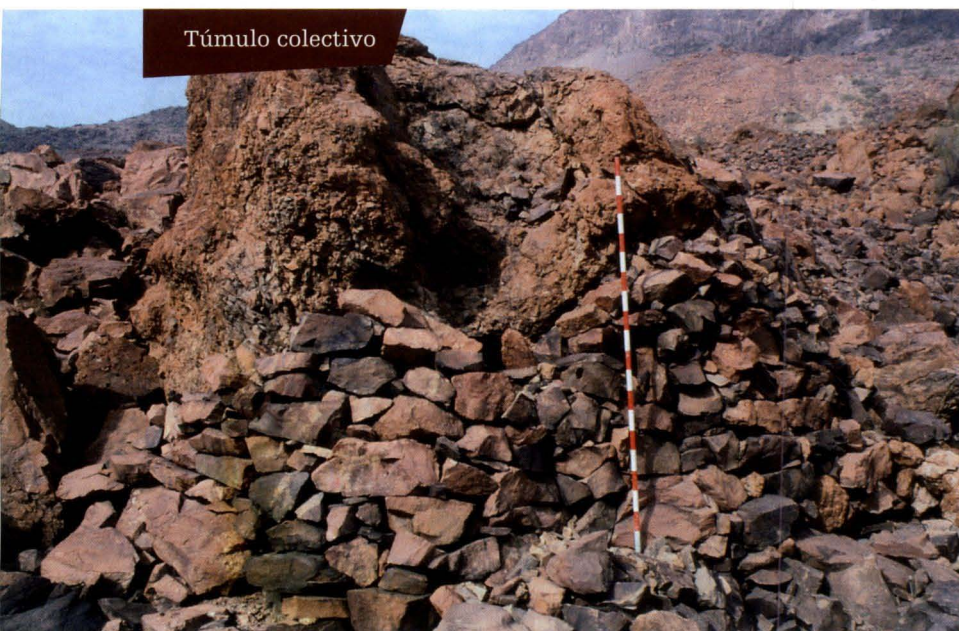
La segunda gran sorpresa nos la deparó la grabación de una de las tantas conversaciones que mantuvimos con Chano Vera. Al celebrarse el Primer Congreso de Grabados Rupestres, transmitimos al Dr. Juan Antonio Belmonte la existencia de un túmulo de la **Necrópolis de Arteara**, llamado *del rey* (número 110 de nuestra topografía), que en determinadas épocas del año se iluminaba con

los primeros rayos de sol, quedando señalado por la luz mientras el resto del cementerio permanecía en penumbra. Calibrando la altura del Risco de Amurga, por el que tenía que salir el sol, realizó las correspondientes mediciones y dedujo que el fenómeno se produciría durante el equinoccio de primavera, como así se pudo comprobar, asistiendo pues al conocimiento que estos primitivos habitantes de Fataga tenían del cielo, y que fue el principio de otra serie de estudios ubicados en este barranco y en la comarca de las Tirajanas, así como a la publicación de artículos y comunicaciones en distintos eventos de Astrofísica.



Presenta la **Necrópolis de Arteara** tal grado de riqueza humana, arqueológica e histórica, que creemos que con la lectura y exposición de todos estos datos, se nos exige a todos los que desempeñamos nuestra labor como defensores del patrimonio, a todos aquellos que lo hacen desde sus puestos de responsabilidad formativa y política, desde aquí, desde este nuestro contexto, la certeza de tener en nuestras manos la responsabilidad de dar a conocer este pasado remoto e inmediato, que conforma todo un proceso lento que atraviesa un tiempo de dos mil quinientos años, tiempo en el cual mujeres y hombres de otros momentos desarrollaron sus vivencias en el mismo marco al que hoy se asoma esta investigación.

Sea este nuestro homenaje.



Túmulo colectivo

Agradecimientos

La lista de colaboradores en los trabajos de investigación de la **Necrópolis de Arteara** y el Barranco de Fataga, así como la de los amigos que han puesto su esfuerzo y convicción en la puesta a punto de este estudio, es tan compleja y variada, que espero se sientan todos dentro de esta *síntesis imposible*, pues es evidente que ha sido un equipo el que ha llevado a cabo, durante más de 25 años, las investigaciones, análisis y conclusiones que todas las tareas demandaban para que este proyecto llegara a buen puerto.

Los estudios de Topografía se realizaron gracias a la ayuda de Enrique Vidania Haddad y a la subvención del área de Cultura del Cabildo de Gran Canaria. Fueron corregidos por Eduardo Grandío de Fraga y Caridad Rodríguez Pérez Galdós, y concretados por Alejandro Valencia y Juana M^a Hernández. Para la cartografía de Los Caserones tuvimos la suerte de colaborar con Enrique Vidania Olasagasti, trabajos que se completaron de manera exhaustiva gracias a la profesionalidad de José P. Suárez Lepik.

La Fotografía, en los momentos más complejos de la investigación, corrió a cargo no sólo de los equipos de excavación, sino también de José M^o Palomino Martín, contando, al igual, con los servicios del Cabildo de Gran Canaria, gracias a los que pudimos obtener las fotografías aéreas correspondientes a la zona.

Los dibujos se deben fundamentalmente a Juana M^a Hernández, directora del Museo Etnográfico del Puerto de la Cruz de Tenerife.

Los estudios antropológicos se llevaron a cabo en la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid (Dra. M.^a Dolores Garralda y colaboradores), el Instituto Olóriz de la Universidad de Granada (Dr. Manuel García Sánchez y colaboradores), así como por el Dr. Xavier Velasco.

Los análisis geológicos y geográficos los realizó Antonio Núñez Lladó, del MOPU. Los botánicos, los llevó a cabo el Jardín Canario, en concreto Elena Jorge. El estudio exhaustivo de la flora actual, así como el del posible nicho ecológico antes de la conquista, lo expuso nuestro inestimable colaborador Günter Künkel. Los análisis de radiocarbono se efectuaron en

el laboratorio de la Gakushuin University (Tokio, Japón) gracias a la profesionalidad del Dr. K. Kigoshi.

Las campañas de excavación contaron con la colaboración de la Dra. M.^a de la Cruz Jiménez Gómez, quien desde un principio ha sido pilar fundamental en las directrices desarrolladas en las investigaciones. Aparte, hemos de citar a la Dra. Verónica Barroso, a M.^a de la Soledad Gil, Pino Palomino Martín, José Manuel Santana Ojeda, M.^a Paz Vega y Vega y, como no, a Francisco Mireles Betancor.

Los estudios astrofísicos, aquellos que nos invitan a averiguar cómo miraban y qué les interesaba a los aborígenes del cielo, se llevaron a cabo con la colaboración de José Antonio Belmonte y César Esteban, del Instituto de Astrofísica de Canarias.

El plan de conservación de la Necrópolis surgió con un proyecto arquitectónico de cerramiento de Juan Carratalá. La realización actual deriva de los trabajos de la empresa Arqueocanaria, quien ha tenido en sus manos la puesta a punto del Museo de Sitio de la Necrópolis.

Muchos han sido los colaboradores que en el día a día se han convertido en transmisores de las vivencias pretéritas e inmediatas del devenir del pueblo asentado a lo largo del barranco. Me refiero a Adolfo Moreno López, Blanca Vera López, Chano Vera y Pino Báez, la gran familia de Arteara, Clara y Angelino, Lidia y Suso, la gran familia de Fataga, así como Francisco Pérez, Bernardo Moreno y Sra., Pedro García, Juan Megías, Carmita López, etc.

No puedo dejar de hacer mención a José Juan Santana, ya que siendo alcalde del Ayuntamiento de San Bartolomé de Tirajana consiguió el presupuesto necesario, mediante ayudas europeas, para que hoy el Parque Arqueológico de Fataga se haya puesto en marcha.

Dar especialmente las gracias a Jacinto Quevedo y a los arquitectos Pedro Romera, Ángela Ruiz y a Jorge Hernández por haber hecho posible la puesta a punto de un gran proyecto museístico para la **Necrópolis de Arteara**, presentado al público en abril de 2008 en el Cabildo de Gran Canaria (puede consultarse en: jacquevedo.blogspot.com).

Mi agradecimiento a Cam PDS Editores S.L., y en su nombre a Plácido Checa, así como al Ayuntamiento de San Bartolomé de Tirajana, quienes han hecho posible esta publicación.





Ilustre Ayuntamiento de la Villa de
San Bartolomé de Tirajana

